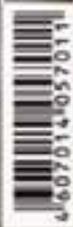


ISSN:1665-7241

\$50.00 www.laquincena.mx



Q

205
NOV/21

¿Por qué fracasa la política?, II



Ven y conoce un lugar con historia de más de 100 años

aquí en SEMILLERITO



f Semillerito Grill @ semilleritogrill @SemilleritoMty

Juan Ignacio Ramón 361, Monterrey Tel.81 1231 3845



Cartón de Chava



cevin 2021

Jorge Alberto López Gallardo

Q

Director
Luis Lauro Garza

Editora
Adriana Garza

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Asesor de la dirección
Gilberto Trejo

Comunicación e imagen
Irgla Guzmán

Publicidad
Gerardo Martínez

Relaciones públicas
Flaka Aguirre

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda
Mayra González

Cartones, cromos e ilustraciones
Salvador (Chava) González

Asesor legal
Luis Frías Teneyuque

Distribución
Luis Carlos Ramírez

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 Los fracasos de la caja negra

Jorge Alberto López Gallardo

8 La democracia trunca

Andrés Fábregas



12 La política fracasa cuando desaparece

Xóchitl Patricia Campos López y

Diego Martín Velázquez Caballero

20 La política de los de a pie... ¿también fracasa?

Ricardo León García

23 El fracaso de la política

Mario Rechy M.

27 Herencia grecorromana en la política liberal del siglo XXI

Alma Beatriz Navarro

30 El caso de Bolivia

Jorge Majfud



36 La educación temprana es el camino

Lupita Rodríguez Martínez



37 Un fantasma recorre el mundo

Leticia Calderón

38 Por mi raza hablará el espíritu

Armando Hugo Ortiz Guerrero

39 ¿Qué pasa en las universidades?

Samuel Schmidt

40 Hablando de libros, con la editora Laura Fernández

Eligio Coronado

42 El monstruo ejecutivo

Luis Valdez

* Agradecemos a Samuel Schmidt su contribución como editor de este segundo (y consecutivo) número de la revista, dedicado a pensar los matices, las ilusiones y decepciones del concepto "política", en México y el mundo. Una colaboración más entre nuestras revistas hermanadas: El Reto y La Quincena.



En política, nada sucede por accidente. Si sucede, puede apostar que fue planeado de esa manera.
Franklin D. Roosevelt

El Paso, Texas.- La pregunta a responder en este volumen es ¿por qué fracasa la política? Dado que la política (del griego: Πολιτικά, politiká, 'asuntos de las ciudades') se define como el conjunto de actividades que el gobierno y políticos realizan para tomar decisiones y lograr algún objetivo, el fracaso o éxito de tales actividades depende de que estas logren o no los objetivos para lo que fueron diseñadas. Por eso, la determinación del éxito o fracaso está supeditada a lograr los objetivos.

La definición de política expuesta anteriormente, a saber, el conjunto de actividades que se realizan para lograr algún

objetivo, es un tanto pragmática, pero, aunque dista de otras que relacionan a la política con un bien social [Lapierre 1976], control social [Almond, 1960], búsqueda de poder [Deutsch 1966], etcétera, es lo suficientemente general para contener todas las demás variaciones.

En sí, tal definición viene del modelo de "teoría de sistemas" del canadiense David Easton [Easton 1969], en el cual la política se reduce a una caja negra (sistema político) que responde a demandas y produce decisiones y acciones, ver figura 1. El sistema puede estar formado por agentes externos al gobierno e instituciones gubernamentales, que inte-

ractúan, mantienen una organización, y producen decisiones a fin de obtener el objetivo deseado.

Los pasos de la teoría de sistemas

Para entender por qué fracasa la política es menester conocer sus componentes. El funcionamiento del sistema político se resume en cinco pasos.

Paso 1. Se produce alguna demanda en la sociedad, la cual se toma como un "insu- mo" hacia el sistema político.

Paso 2. La demanda estimula a los actores políticos a proponer acciones.

Paso 3. Los actores políticos, tras una competencia de ideas, toman una deci-

sión e inician actividades tendientes a satisfacer la demanda inicial.

Paso 4. Los pasos anteriores modifican el entorno social, fortaleciendo ciertos actores políticos, debilitando a otros, e identificando demandas nuevas, lo que retroalimenta al sistema político.

Paso 5. La retroalimentación conduce a un nuevo paso 1, formando un ciclo interminable.

Visto desde este punto de vista altamente funcional, el éxito o fracaso de la política se reduce a identificar la demanda del paso 1, y compararla con el resultado de las acciones del paso 3. Si al final del paso 3 la demanda fue satisfecha, la política tuvo éxito; pero si no lo tuvo, entonces fracasó.

Posibles fracasos incurridos en los pasos de la teoría de sistemas

Ahora estudiaremos cómo puede fracasar la política en cada uno de estos cinco pasos.

Paso 1. La demanda puede ser la causa del fracaso de la política cuando ésta es inalcanzable físicamente con los recursos a la mano de los actores políticos, sean estos materiales, de tiempo, o de organización. Un ejemplo contemporáneo es la demanda de vacunación contra el covid que urgía en la mayoría de los países desde principios de 2021, y que no se logró de manera masiva sino hasta después de que cientos de miles de personas murieron. La causa fue la falta de vacunas y, hasta cierto punto, la mala organización de los programas de salud de los gobiernos.

Pero existen otros casos en los que la política parece fracasar al no satisfacerse la demanda, pero en realidad la demanda pública no corresponde a la real. Es decir, existen casos, tal vez la mayoría, en que los objetivos que se dan a conocer públicamente distan mucho de los reales. En esos casos, para descubrir los objetivos verdaderos hay que recurrir al *Cui bono* –locución en latín que pregunta ¿quién se beneficia?, en referencia a lo esclarecedor que puede resultar el determinar la autoría de un acto que permanece desconocida. El siguiente caso servirá como ejemplo.

Mucho se habla en estos días del fracaso de los Estados Unidos en la guerra de Afganistán. En este caso, la guerra es el conjunto de actividades que componen la política. Supuestamente el objetivo de estas actividades era el sometimiento del ejército Talibán por haber ayudado a Bin Laden durante la planeación y realización de los ataques



Figura 1. Sistema político de Easton. (Easton 1965).

del 9/11. Si ese fue el objetivo, entonces la guerra sí fue un fracaso, pues no logró vencer al enemigo en 20 años de lucha. Pero, ¿serían esos los objetivos reales de la guerra? ¿*Cui bono*? Tomando en cuenta 1) que la invasión fue preparada y anunciada meses antes del 9/11 debido a dudas que el gobierno de EEUU tenía sobre la solidez del gobierno Talibán para cumplir con el contrato que tenían con el gigante petrolero de California Unocal para la construcción de un oleoducto, 2) el hecho de que inmediatamente después de la invasión los EEUU instalaron a Hamid Karzai, presunto ex empleado de Unocal, como presidente de Afganistán, y 3) que la intervención militar propició la restauración de la producción de opio en la zona, que los Talibanes habían reducido a 8 mil hectáreas en 2001, hasta llegar a más de 200 mil hectáreas, nos hace pensar que los propósitos públicos para la invasión no eran los reales. ¿Falló la política? Yo diría que no, pero la decisión final es del lector.

Paso 2. El grupo de actores políticos puede constituir la causa del fracaso de la política, ya sea por falta de habilidad, organización o, inclusive, por sabotaje interno debido a luchas de intereses. Un ejemplo reciente es la elección en México de 2016.

En las elecciones de 2016 de México se disputaban 12 gubernaturas de las que el PRI controlaba 10, una el PAN y una el PRD. La demanda aparente (insumo) al sistema político (presidencia priista de Peña Nieto) era mantener el poder en los estados que controlaba el PRI. Las acciones propuestas por los actores políticos para lograr el triunfo era una selección cuidadosa de candidatos, organización de la campaña, y vigilancia de la elección. El encargado del proceso era Manlio Fabio Beltrones, que era el presidente del PRI, había sido goberna-

dor de Sonora y había ayudado a salvar la turbulencia política causada por el asesinato de Colosio.

Sin ser parte de la demanda (i.e. ganar las gubernaturas), estaba la competencia por la candidatura a la presidencia que se estaba decantando entre el mismo Manlio Fabio Beltrones, Miguel Osorio Chong, secretario de gobernación, y Luis Videgaray, secretario de Hacienda, alfil de los tecnócratas que no parecía ocupar un lugar central en la contienda. La elección de 2016 caía políticamente en el calendario político de la sucesión presidencial, y ayudaría a definir el proceso, especialmente para Manlio Fabio Beltrones, si lograba mantener o aumentar las gubernaturas priistas. Para la mala suerte de Beltrones, Osorio Chong tenía otros planes.

El grupo encargado de satisfacer la demanda, el PRI, estaba dividido y las demandas no se pudieron alcanzar. Mientras Beltrones se ocupaba de la campaña priista, Osorio Chong se encargó de articular un megafraude electoral en cuatro estados mexicanos impidiendo que Beltrones se llevara las palmas. El conflicto PRI versus PRI terminó descarrilando tanto la candidatura de Beltrones como la del mismo Osorio Chong. El megafraude de Osorio Chong y el conflicto con Beltrones fue estudiado en detalle recientemente por Schmidt y López (2020 y 2021).

Paso 3. Fracasos incurridos en el paso 3 suceden cuando los actores políticos toman una decisión equivocada, o realizan mal las actividades necesarias para satisfacer la demanda. Casos de este tipo abundan en la política mexicana.

Por ejemplo, la decisión del presidente Salinas de empeñar las reservas internacionales de México, causando la devaluación del peso mexicano durante los primeros días de la presidencia de Zedi-



llo. Hay que aclarar que, aunque la decisión fue mala, sirvió para los propósitos inmediatos de Salinas, que era posponer la caída del peso antes de la elección, para evitar la derrota del PRI. Para desligarse de Salinas, Zedillo desahizo el Programa Nacional de Solidaridad, aumentando la pobreza extrema. Asimismo, firmó los “Acuerdos de San Andrés”, con el EZLN, para luego echarse para atrás. En términos de seguridad, financió a grupos paramilitares (Paz y Justicia) y no supo encauzar la masacre de indígenas en Acteal.

El presidente Vicente Fox prometió y no cumplió con el compromiso histórico de reformar al estado y democratizar las elecciones; permitió el fraude de Calderón (López Gallardo, 2018). Otro error fue haber sustituido su mandato por el de la “pareja presidencial”, que dio lugar a todo tipo de abusos por parte de su esposa y los hijos de ella.

El presidente Calderón tiene un rosario de decisiones malas. Por ejemplo, la de no enjuiciar a los culpables del incendio en la Guardería ABC, que dejó 49 niños muertos (algunos presuntos culpables eran parientes de su esposa). Otro fallo fue la malograda construcción de la Refinería Bicentenario, que costó mil 724 mdp y que sólo resultó en la construcción de una barda kilométrica. Otro fallo mayúsculo fue la guerra contra el narco, organizada por Calderón, que costó alrededor de 121 mil vidas entre diciembre de 2006 y enero de 2012, elevando la violencia a niveles que no han podido ser reducidos.

Peña Nieto encubrió el asesinato de 43 estudiantes de Ayotzinapa, permitió la “Estafa Maestra”, el escándalo de la “Casa Blanca”, etcétera.

Pasos 4 y 5. Fracasos producidos en los pasos 4 y 5 se dan cuando las actividades políticas modifican el entorno social de tal manera que permite que se den fracasos posteriores. Después de fraguar el fraude electoral en 1988, Salinas se comprometió a sanear las elecciones (demanda) creando un instituto electoral independiente del gobierno federal, lo que dejó instaurado un sistema de fraude institucionalizado, que ha funcionado muy bien hasta la fecha –para los intereses de los que lo controlan, claro.

Conclusión

Sin duda, habrá quien se refiera a la política como un arte o una ciencia que versa sobre el buen gobierno del estado, o quien resucite los conceptos aristotélicos de que la política es la ciencia arquitectónica porque da estructura a la sociedad, y que concluyan que “la política no falla, son los humanos los que la hacen fallar”, o algo así. O por el contrario, habrá quienes se dediquen constantemente a denigrar a la política, y hasta lleguen a usar el término como adjetivo calificativo de manera despectiva, e.g. “esto tiene móviles políticos”, y que concluyan que toda la política está viciada y nada bueno puede resultar de ella.

Pero haciendo una disección objetiva de los elementos básicos de todo proceso político, llegamos a lo que se presenta en este escrito. La caja negra (sistema político) no es buena ni es mala, por sí misma no falla ni tiene éxitos. Los fracasos y victorias se dan dependiendo de los factores que la rodean, a saber, la demanda, los actores políticos, las decisiones que se toman, y las modificaciones de entorno social propiciadas por estas.

Si la sociedad desea un cambio, se

debe asegurar de hacer las demandas correctas, en el tiempo preciso, al grupo político apropiado, y deberá supervisar las acciones propuestas para que se logren las metas, y que esto no modifique el panorama de manera negativa para cambios futuros.

* University of Texas, El Paso.

REFERENCIAS

- Almond, Gabriel y Coleman, James Samuel, *The Politics in the developing areas*, Princeton Press. Princeton, 1960.
- Arellanes, Ana Laura, *Manlio Fabio Beltrones: PIEZA CLAVE DEL NARCO*. Artículo en línea en el sitio “Mujeres por Sinaloa”. <https://mujerespor sinaloa.com/2016/04/30/manlio-fabio-beltrones-pieza-clave-del-narco/>. Descargado el 21 de agosto de 2021.
- Deutsch, Karl, *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*, Cambridge, 1966.
- Easton, David, *A Systems Analysis of Political Life*. New York: Wiley. 1965.
- Lapierre, Jean William *El Análisis de los Sistemas Políticos*, Editorial Península, Barcelona, 1976.
- Leach, Robert y Lightfoot, Simon. *The Politics and IR Companion*, Macmillan Education UK. 2017.
- López Gallardo, J.A., “Basta de fraudes electorales 1988-2018”, Plaza y Valdez, 2018, ISBN 9786074029741
- Schmidt S. y López J. A., “Estudio de la elección para gobernador de Chihuahua de 2016”, Revista Mexicana de Estudios Electorales, Vol. 4, Núm. 24 (2020).
- Schmidt S. y López J. A., “El megafraude de 2016”, Revista Mexicana de Estudios Electorales, en prensa (2021).

La democracia trunca

Andrés Fábregas

Ajijic, Jalisco.- Breve nota introductoria. El análisis del poder y la política, los orígenes del Estado y los procesos de toma de decisiones, y por supuesto, la reflexión acerca de la democracia, tienen una sólida trayectoria en lo que en inglés denominan “Political Anthropology”, y que prefiero traducir al castellano como “Análisis Antropológico de la Política”; o en breve, Antropología de la Política. No haré en esta ocasión una revisión de esa temática en su totalidad, sino me limitaré a exponer la tesis de que, históricamente, el poder tuvo un contexto de control social en las sociedades organizadas por el criterio del parentesco y una vez que estas se transformaron, el poder pasó a un contexto en el que se pierde el control social del mismo y se sustituye por el manejo interesado del Estado. En breve: el contexto en que se entiende por qué la democracia no se concreta es la transformación de Sociedades sin Economía Política, sin Clases Sociales y sin Estado, a otra en donde opera el manejo político de la economía y existe el Estado. La Democracia se trunca debido al manejo interesado de la economía. El gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo es sólo un enunciado utópico. Desde las ópticas de la democracia liberal, se achacó al Oriente ser el origen de la anti democracia en libros como el añejo de Karl Wittfogel, *El Despotismo Oriental* (1957), lo que recibió la respuesta, entre otras, de Edward W. Said en el libro *Orientalismo* (1978). Así mismo, en esta misma línea de discusión, es un clásico el planteamiento de Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1966). En

las dictaduras los círculos de poder son oligárquicos, cerrados y absolutistas. En las democracias existe una competencia por el control del poder entre las clases sociales hegemónicas, lo que se dirime, precisamente, en las urnas. Son diferencias importantes. Pero en ninguno de los sistemas, el dictatorial y el democrático, el uso del poder desde el Estado se enfoca hacia el “bien general”, sino que se maneja interesadamente. Justo Antonio Gramsci lo describió a través de su concepto de hegemonía. El Estado democrático actuará de acuerdo a los intereses hegemónicos en la sociedad. Es más, en la democracia el Estado es un árbitro entre los intereses que luchan por lograr la hegemonía total. Gracias a ese equilibrio logrado por el Estado, los intereses hegemónicos no se convierten en dictatoriales, rompiendo los equilibrios de poder.

Desigualdad y poder político

Una de las perspectivas antropológicas del estudio del poder es aquella que lo sitúa en el contexto de las transformaciones de las sociedades basadas en el parentesco, caracterizadas por la ausencia de una economía política, clases sociales y Estado. Dicha perspectiva deriva de la influencia de los planteamientos de Marx en la antropología y de su vinculación con las teorías evolucionistas, sobre todo, el llamado evolucionismo multilineal, en la manera en que lo enunciaron Julian Steward y sus discípulos (Steward, 2014). Pero sobre todo, para entender esta línea de trabajo antropológico, es necesario remitirse a los *Cuadernos de Notas Etnológicas de Carlos Marx*, editados por Lawrence Krader (1974) y

al libro de Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). Además, tanto Marx como Engels acusaron la influencia de Sir Henry Morgan, autor de *La Sociedad Primitiva* (1877), que apuntó una evolución desde lo que él llamó el salvajismo, la barbarie hasta alcanzar la civilización. La línea de investigación que se desprende de los textos citados influyó notablemente en los antropólogos y tiene como objetivo demostrar que las sociedades desiguales, es decir, la aparición en la Historia de la economía política, las clases sociales y el Estado, es un resultado de la descomposición de las sociedades igualitarias basadas en el parentesco. Quizá el antecedente más sobresaliente de los primeros desarrollos en la línea de investigación mencionada, sean los textos pioneros del etnólogo alemán radicado en México, Paul Kirchhoff (inventor del concepto de Mesoamérica), acerca de las transformaciones del clan igualitario, ahora sí, democrático, en otro, estratificado, que el etnólogo alemán nombró “cónico” (Kirchhoff, 1959), porque la estructura social es amplia en su base, pero se va estrechando conforme se llega a la cúpula que ejerce el poder. Estas transformaciones también pueden deducirse de las etnografías escritas por los antropólogos ingleses trabajando bajo las influencias de la sociología de Émile Durkheim y Marcel Mauss. Veamos. Desde los inicios del siglo XX, los antropólogos que trabajaban en los territorios que en aquel momento estaban bajo regímenes coloniales, sobre todo en África, escribieron etnografías que describían a sociedades en cuyo contexto el poder y



la política en general, presentaban características distintas con respecto a las sociedades europeas, basadas en regímenes democráticos. Son los antropólogos ingleses, trabajando en los dominios coloniales de su país, los que escribieron una parte de las primeras etnografías analizando la política y el poder en las sociedades que aún se llamaban primitivas. Las sociedades democráticas de la Europa Occidental no tenían reparos en instalar gobiernos autoritarios en los territorios coloniales, bajo la suposición de que estaban habitadas por sociedades primitivas o bajo regímenes despóticos. Incluso existe un libro, esta vez de un antropólogo norteamericano, George Peter Murdock, cuyo título es significativo al respecto: *Nuestros Contemporáneos Primitivos*, cuya primera edición en inglés data de 1934 y publicado posteriormente en México por el Fondo de Cultura Económica en 1987. Pero el primer volumen que dio a conocer los resultados de aquellas etnografías pioneras sobre la “vida política” en sociedades no occidentales, lleva por título *African Political Systems* y fue editado por los antropólogos ingleses Meyer Fortes y E. E. Evans-Pritchard

en 1940. Ese volumen recoge trabajos firmados por antropólogos que forjaron a la Escuela Británica de Antropología Social, bajo la tutela teórica del estructural-funcionalismo y en un contexto de colonialismo. Recordemos que la Escuela Británica de Antropología Social debe sus orígenes a la Sociología propuesta por Émile Durkheim y su sobrino Marcel Mauss. Tan es así, que Alfred Reginald Radcliffe-Brown, uno de los forjadores de la antropología en Inglaterra, definió a la disciplina como “una sociología especializada en el estudio de las Sociedades Primitivas” (Radcliffe-Brown, 1952). Justo en la “Introducción” que escriben Meyer Fortes y Evans-Pritchard al libro *African Political Systems* (1940), se clasifica a los pueblos estudiados como Sociedades sin Estado y Sociedades con Estado, mostrando la influencia de las clasificaciones evolucionistas. Por supuesto, las etnografías aludían al presente de aquellos años de la primera mitad del Siglo XX, y a los contextos coloniales de la época, sin discutir el trasfondo histórico de dichas sociedades. Los antropólogos ingleses sostenían que se trataba de hacer antropología y no historia, ade-

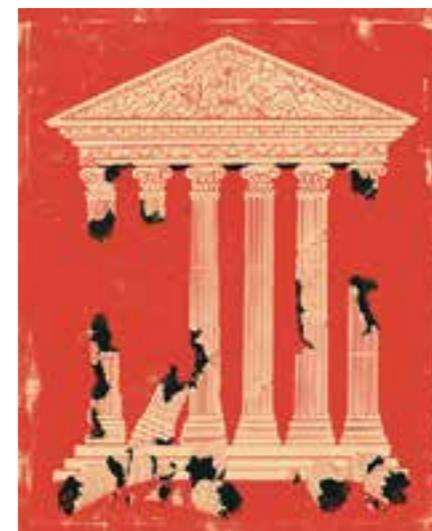
más, difícil de lograr en sociedades que no contaban con registros archivísticos. Discutir esta posición nos distrae de nuestro tema central. Pero un antecedente en la discusión de las transformaciones de las sociedades primigenias, desde el punto de vista de los planteamientos de los antropólogos evolucionistas, y del examen posterior de los trabajos publicados por los antropólogos ingleses, es justo el texto de Paul Kirchhoff titulado “Los Principios del Clan en la Historia Humana” ya referido. Escrito en alemán en 1935, el texto de Kirchhoff no vio la luz sino hasta 1955, publicado en una revista estudiantil norteamericana, el *Davidson Journal of Anthropology*, sin tener la difusión que merecía hasta que Morton Fried lo incluyó en 1959, en un volumen antológico titulado *Readings in Anthropology*. En ese texto, Kirchhoff trató de completar y discutir los planteamientos de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, el influyente libro de Federico Engels. El planteamiento de Kirchhoff sostiene que existen dos tipos de clanes: uno, el igualitario, sin jerarquías, democrático y con controles sociales del poder. Es el clan en donde se localiza lo

que los antropólogos ingleses llamaron el “liderazgo situacional” que otorga poder a quien, según un contexto determinado, es el más hábil de un grupo humano dado, para resolver una situación concreta en servicio de todo el grupo. Uno de los ejemplos que usaron los antropólogos en África, fue el de la organización de la cacería, en cuyo contexto, el cazador más hábil era revestido con el poder de decidir los movimientos del grupo. Una vez pasada esa situación, quien fuera líder por un momento y tenía la venia de imponer sus decisiones, dejaba de serlo y perdía el poder. El segundo tipo de clan es el que Kirchhoff llamó “Cónico” porque, como decíamos antes, su estructura semeja a esa figura geométrica. Es un clan jerarquizado, con claras estratificaciones sociales, en el cual, en la cima del cono, se encuentra un grupo que ejerce el poder y decide por todo el conjunto humano del que se trate. En este tipo de clan se ha perdido la característica “democrática”. Kirchhoff llamó al grupo de poder de los clanes cónicos, “los Aristoi”, y los distinguió con claridad del resto de la población. Es decir, lo que mostró Kirchhoff fue un modelo de descomposición de las sociedades igualitarias y su transformación a sociedades desiguales. Con ese clan cónico habría aparecido la desigualdad social en la Historia y con ella una de las primeras formas del poder no sólo institucionalizado, sino fuera del alcance de un control social. En la Ciudad de México, en los primeros años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, un estudiante, Arturo Monzón, trabajando bajo la dirección de Paul Kirchhoff, presentó en 1947 su tesis para obtener la Maestría en Antropología con el título de *El Calpulli en la organización social de los tenochca*, trabajo en el que aplica el planteamiento del “clan cónico” para explicar el surgimiento de la estratificación social entre los Mexicas. Así, el calpulli, según Monzón (1949), sería un tipo de clan cónico, jerarquizado, estratificado, con formas claras de poder. Un poder que ya no se ejerce socialmente, sino políticamente, es decir, en interés de los grupos dominantes. En este tipo de clanes, la justificación ideológica de los círculos de poder es su mayor cercanía con el ancestro común, poder que los capacita para ejercer control sobre fenómenos naturales como la lluvia. Es decir, se trata de un contexto en el que la manipulación de las genealogías resulta básico para ascender al poder. La manipulación del parentesco para llegar al poder lo de-

mostró, entre otros, Lloyd A. Fallers, en un libro titulado *Bantú Bureaucracy*, publicado en 1966. Otro antropólogo inglés, Sigfried Nadel, publicó un importante libro titulado *A Black Bizantium* (1988). Algunos años antes, en 1958, otro antropólogo, pero ahora norteamericano, bajo la influencia de Kirchhoff, Marshall Sahlins, trabajando en Melanesia y Polinesia, reafirmó los hallazgos de Kirchhoff y de Monzón en su libro *Social Stratification in Polynesia* (1958), además de otros trabajos, como un texto multicitado titulado, “Poor Man, Rich Man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia” (1963). En México, Pedro Carrasco, un importante etnohistoriador ya fallecido, republicano español, quien fuera profesor en la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook, Long Island, escribió trabajos seminales para demostrar lo que él llamó, “el manejo político de la economía”, refiriéndose sobre todo a la Cuenca Lacustre y a los Mexicas (Carrasco, 1996), aunque difirió de la opinión de Monzón de que el calpulli fuese un clan cónico. Más bien los calpullis eran los clanes igualitarios que reunían al pueblo, al campesinado, mientras los círculos de poder habían cortado toda relación de parentesco con aquellos, practicando la endogamia. Los trabajos de Carrasco mostraron la operación de lo que hoy llamamos economía política, es decir, el manejo interesado de la producción social y de la riqueza, que es justo el sentido que le dieron a ese concepto los economistas clásicos. Cito un trabajo más: el de Mercedes Olivera, alumna de Pedro Carrasco y de Paul Kirchhoff, que en su libro *Pillis y Macehuales* (2019) demostró el manejo del poder en Tecali, abarcando del siglo XII al XVI, en el contexto de una sociedad claramente desigual. Con estos y otros trabajos de los antropólogos evolucionistas que trabajaban con visiones multilineales y apoyados en los métodos de la ecología-cultural, quedó configurada la Jefatura como la primera estructura política en la Historia, es decir, con la aparición de la desigualdad social en la Historia, el ejercicio del poder pasa a ser de tiempo completo, es una especialización, y se hace dentro de una estructura claramente desigual en la organización social. Tal ejercicio del poder es un resultado – como diría Eric Hobsbawm– de la transformación de las sociedades igualitarias regidas por las formas del parentesco en sociedades desiguales organizadas con otros criterios. La Jefatura será el antecedente más inmediato del Estado y se si-

túa en un contexto en el que la economía deja de ser social, el intercambio deja de ser lo prioritario, para centralizar en el Jefe la distribución de los recursos producidos por la sociedad en su conjunto. Libros como el de Helen Codere, *Fighting with property* (1967), vendrían a dejar testimonio etnográfico de un ejercicio del poder en sociedades con jefaturas, lo que implica que el “Jefe” tiene el control sobre la distribución de la riqueza común. Desde el punto de vista evolucionista, Morton Fried vendría a publicar una suerte de resumen de los hallazgos antropológicos en torno al poder en un libro titulado *The evolution of Political Society* (1967). En ese libro, por cierto con una visión unilineal muy discutible, Fried propone una escala evolutiva que va de las formas más sencillas hasta las más complejas: cazadores-recolectores, horticultores, agricultores, Estado. En cierto sentido, el arqueólogo australiano Gordon Childe, con influencia de Marx, propuso también una escala que va de los talleres de lítica, pasa por una “revolución neo lítica” y llega a la Ciudad, la Agricultura y el Estado como institución que consolida al poder político, un planteamiento expuesto en *Qué sucedió en la Historia*, libro que Childe trabajó desde 1938 y publicó en 1942. En una obra más reciente, Joan Vincent (1990) presenta una amplia revisión del campo de estudios antropológicos de la política. Más allá del propósito de un gobierno en particular –manteniendo la diferencia entre Estado y Gobierno– que se asume democrático, es decir, del pueblo, para el pueblo y con el pueblo, la Democracia se ha reducido a una competencia entre buscadores de poder, grupos de interés, que se dirime en las urnas, mediante campañas diseñadas para convencer al electorado a votar por quien suponen le conviene más. Más allá de las torpezas o malas decisiones de un gobierno en particular, la democracia está truncada por los intereses en juego y es difícil imaginar que en sociedades con la abrumadora desigualdad social actual, sea factible establecer un gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo. He tratado de mostrar que la discusión acerca de la democracia, desde el punto de vista de la antropología, está relacionado con el problema del poder y sus controles. El apotegma de un gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo, se queda trunco desde que el ejercicio del poder se hace en forma interesada en detrimento del bien general. Es decir, la transformación de las socieda-

des igualitarias regidas por la ideología y las reglas del parentesco (en contextos demográficos muy bajos), se tradujo en el manejo político (interesado) de la economía, en la estratificación social y en la consolidación del Estado. Se trata de eludir esta característica argumentando que el Estado representa al “bien general”, lo que en la cruda práctica del ejercicio del poder, se desmiente. Por supuesto, la discusión conlleva el examen de la separación entre la vida pública y la vida privada, a lo que habría que agregar los contextos demográficos y los cambios tecnológicos que propiciaron la transformación demográfica, el sedentarismo y la urbanización. La complejidad demográfica de las sociedades desiguales va relacionada con la complejidad política, imposible de imaginar en sociedades igualitarias, las llamadas primitivas por los antropólogos. Desde el punto de vista de este planteamiento, tendríamos que analizar los conceptos de falsa conciencia, como la condición alienada de los individuos; y el concepto de ideología, como el conjunto de creencias resultado de esa falsa conciencia; pero ello es motivo de otra discusión. Por supuesto, no se olvide que además en ciencias sociales el concepto de ideología se maneja de diversas maneras, pero conservando la propuesta de que se trata de sistemas de ideas engañosas. Deduzco, y lo planteo como una propuesta, que en la modernidad capitalista en su fase actual, el ejercicio del poder se basa en la contradicción entre el interés general y el interés particular. Me parece que el Estado es presentado por los círculos de poder como el representante del bien general, pero ello oculta el hecho de que desde esa institución se arbitran los intereses para favorecer a los círculos reales de poder, lo que en México se ha dado en llamar “poderes fácticos”. Para decirlo de una manera tajante, la transformación de las primeras formas igualitarias de sociedad en sociedades desiguales, muestra que el ejercicio del poder está en razón directa de los intereses particulares que son hegemónicos (Antonio Gramsci *dixit*) en una sociedad dada. Desde un punto de vista, no digo que el de todos, los antropólogos han demostrado con sus etnografías, que los componentes de la vida social, la familia, los clanes, los linajes, el parentesco en general, los contextos del trabajo, el poder social, fueron transformados de tal manera que el ejercicio del poder político se basa en el interés particular y en la distinción entre la esfera pública y la esfera privada. Con ese



planteamiento en mente, la lectura de las etnografías de antropólogos como los ingleses, trabajando en contextos de convivencia con el colonialismo, resultan fuentes de información para la reflexión de los procesos que transformaron a las sociedades igualitarias en sociedades de desigualdad social. Sin entrar en detalles, me refiero a obras como las de Max Gluckman, *Politics, Law and Ritual in a Tribal Society* (1965); Victor Turner, *Schism and Continuity in an African Society* (1957); o el libro del antropólogo norteamericano Robert F. Stevenson, *Population and Political Systems in Tropical Africa* (1968). Son lecturas que desde mi punto de vista, ofrecen un excelente reservorio informativo para seguir el hilo de esa transformación de las sociedades igualitarias en sociedades desiguales.

* Andrés A. Fábregas CIESAS / Occidente.

REFERENCIAS

- Carrasco, Pedro, 1996. *Estructura Político-Territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlán, Tetzaco y Tlacopan*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Codere, Helen, 1951. *Fighting with property: a study of Kwakiutl Potlaching and Warfare, 1792-1930*. American Anthropological Association, USA.
- Dainotto, Roberto M. y Fredric Jameson, 2020. *Gramsci in the World*, Duke University Press, Indiana, USA.
- Fábregas, Andrés, 1976. *Antropología Política. Una Antología*, Editorial Prisma, México.
- Fortes, Meyer y E.E. Evans-Pritchard, Editores, (1940). 1978, *African Political Systems*, Oxford University Press, UK.
- Fried, Morton, 1967. *The Evolution of Political Society*, Random House, New York,

USA.

Gluckman, Max, 1965. *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*. Basil Blackwell Editorial, Oxford, UK.

Kirchhoff, Paul, 1959. “The principles of clanship in human society”, En, Morton Fried, Editor, *Readings in Anthropology*, Volumen II, Nueva York, USA, pp. 259-271.

Krader, Lawrence, Editor, 1974. *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*, Transcritos y editados con una Introducción por L. Krader, Van Gourcum and Company, Assen, The Netherlands.

Monzón Estrada, Arturo, (1947), 1949, *El calpulli en la organización social de los Tenochca*. UNAM-Instituto de Historia, México.

Moore, Barrington, 2015. *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Land and Peasant in the Modern World*, Beacon Press, Boston. USA. (Existe versión castellana en la editorial ARIEL de España).

Nadel, Sigfried. 1988. *A Black Bizantium. The Reing of Nupe in Nigeria*. Oxford University Press, Oxford, UK.

Olivera Bustamente, Mercedes, (1978), 2019. *Pillis y Macehuales. Las Formaciones Sociales y los Modos de Producción de Tecalli del Siglo XII al XVI*. Segunda Edición con un Prólogo de Andrés A. Fábregas Puig, CESMECA-UNICAH, Chiapas, México.

Sahlins, Marshall, 1958, *Social Stratification in Polynesia*, American Ethnological Society Monograph, University of Washington Press, Seattle, USA.

Sahlins, Marshall. (1963), 1968. “Poor Man, Rich Man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia y Polinesia”, En, Andrew P. Vayda, Editor, *Peoples and Cultures of the Pacific*, The Natural History Press, Nueva York, USA. pp. 157-179.

Said, Edward W, 1978, *Orientalism*, Vintage Books, Nueva York, USA.

Stevenson, Robert F. 1968. *Population and Political Systems in Tropical Africa*. Columbia University Press, Nueva York, USA.

Steward, Julian, (1955), 2014. *Teoría del Cambio Cultural*, Con un Prólogo de Andrés Fábregas Puig, CIESAS/UAM/UIA, México.

Victor Turner, 1957. *Schism and Continuity in an African Society*. Manchester University Press, Manchester, UK.

Vincent, Joan, 1990. *Anthropology and Politics. Visions, Traditions, and Trends*, The University of Arizona Press, Tucson, USA.

Wittfogel, Karl W, 1957. *Oriental Despotism*, Yale University Press, Nueva York, USA.

La política fracasa cuando desaparece

Xóchitl Patricia Campos López
Diego Martín Velázquez Caballero

Puebla.- La pregunta sobre el fracaso de la Política ha sido recurrente. La reflexión involucra tanto las pasiones como la racionalidad; el egoísmo natural y el altruismo guiado por la supervivencia o la ganancia a largo plazo. Para abordar el fracaso de la política, o bien justificar la esperanza de su cultivo, o de su retorno en un contexto convulso, se hace necesario recordar su esencia y la manera en que algunos contenidos éticos han configurado las relaciones de poder. El recorrido puede ser exagerado, pero no es ocioso sino vital para recordarnos la geografía simbólica de la política y la orfandad que las relaciones humanas enfrentarían sin ella. Allende la democracia, el fin de la política es el civismo y sin civilidad somos seres mitológicos.

¿Qué es la política?

A medida que la sociedad se hace más compleja, la pugna por el poder se torna más sofisticada, y con ello la capacidad para comprender y ubicar los fenómenos políticos en el contexto donde se desenvuelven, en el escenario donde se manifiestan y en el nivel donde se proyectan. "Nuestras ciudades son redes de política. El agua que bebemos, el aire que respiramos, la seguridad de nuestras calles, la dignidad de nuestros pobres, la salud de nuestros ancianos, la educación de nuestros jóvenes y la esperanza de nuestros grupos minoritarios, están ligados a las decisiones políticas".

Sorprende el hecho de que *la política*, cuya conceptualización somos capaces de intentar sin haber leído una línea sobre Ciencia Política revele, a poco de andar, no solamente la insuficiencia de la cotidianidad de nuestra proximidad con

la política, sino también la inexplicable divergencia de enfoques que hacen que aquello que parece fácil de localizar y aislar en el universo de nuestras vivencias, constituya un verdadero quebradero de cabeza para científicos y especialistas, desde el comienzo mismo de las reflexiones políticas.

No solamente no existe consenso alrededor de la idea de política, sino que tampoco lo hay respecto a la denominación de nuestra materia. Esta pluralidad divergente de enfoques sobre un mismo fenómeno no es, ni por asomo, una cualidad exclusiva de la Ciencia Política. Sucede otro tanto de lo mismo en otras parcelas de la ciencia, especialmente en el campo de las ciencias sociales. Lo que ocurre es que aquella pluralidad de interpretaciones y las vicisitudes que históricamente ha atravesado el estudio de la política confieren a ésta y a su Ciencia una riqueza muy particular que, lejos de conspirar contra su cientificidad o su autonomía, contribuyen a ensanchar nuestro objeto de estudio y a dotarle de su dinámica característica.

La tarea de desentrañar el significado del término "política", teniendo en cuenta al mismo tiempo que con su delimitación conceptual estamos prefigurando el objeto de nuestra materia no es, por cierto, una tarea fácil de acometer. Ciertamente poco nos aporta el saber que la palabra *política*, tal como la conocemos en nuestra lengua, proviene del vocablo griego *polis*, que significa ciudad. Es necesario conocer, además, qué tipo de realidad describe el vocablo *polis* y en qué contexto lo hace. Por eso, como punto de partida y con carácter provisional, diremos que la *polis* griega era la comunidad integrada por un conjunto de hombres



que residían sobre un territorio delimitado, que constituía una entidad política autosuficiente y que estaba regida por un gobierno autónomo.

El origen del término *política* se sitúa, pues, en la antigüedad clásica, y no sólo desde el punto de vista etimológico, sino también desde el histórico. Con aquella palabra los griegos designaban todo aquello perteneciente o relativo a la *polis* y, de algún modo, hacían también referencia a los asuntos que eran de la incumbencia de aquella colectividad: los asuntos públicos.

Pero desde la *política*, según la concebían los griegos, hasta alcanzar el significado que el mismo término tiene hoy entre nosotros, hay una enorme distancia que no solamente es mensurable cronológicamente. Por tanto, es conveniente echar un vistazo a la evolución histórica del vocablo que explique las vicisitudes y las de su utilización a lo largo del tiempo, y que también, en cierto modo, nos explique el porqué de su vasto y complejo significado.

Un buen punto de partida para este

camino es conocer el sentido que atribuye a la palabra *política* la Real Academia de la Lengua Española. El diccionario nos dice que *política* es el *arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados, como la actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos, como también la actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, su voto, o de cualquier otro modo*. Para el diccionario, *política* significa también *cortesía y buen modo de portarse*. Por extensión de las dos primeras acepciones, también con esta palabra se alude al *arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado*. Por último, se hace referencia a *orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado*.

Pero en tanto de la misma raíz griega el castellano recoge la palabra *política* con las diferentes acepciones y significados que acabamos de ver, en el inglés (idioma en el que se han desarrollado los principales estudios politológicos contemporáneos) la raíz griega ha derivado

en, por lo menos, tres palabras diferentes:

A) *politics*. Referida, según el diccionario, a la actividad del gobierno, de los miembros de las organizaciones legislativas o de las personas que intentan influenciar el modo en que un país es gobernado. Este vocablo designa también al trabajo que supone mantener una posición de poder en el gobierno. Por otro lado, con la palabra *politics* se alude al **estudio** de las formas en que un país es gobernado; Pero también la *politics* de una persona son sus opiniones acerca de cómo debe ser gobernado un país. Al igual de lo que sucede en castellano, por extensión, *politics* también designa a las relaciones que se establecen dentro de un grupo particular o de una organización en los que se permite a determinadas personas detentar poder sobre las otras. En inglés, pues, *politics are the activities of the government, members of law-making organizations or people who try to influence the way a country is governed; politics is also the job of holding a position of power in the government*. Finalmente, *po-*

litics also refers to the study of the ways in which a country is governed.

B) *policy*. Que se entiende como un conjunto de ideas o un plan de acción para situaciones particulares que han sido acordadas oficialmente por un grupo de personas, una organización de negocios, un gobierno o un partido político. Otro significado de esta palabra es equivalente al español *póliza*, ya que se refiere al documento en el que se recoge un acuerdo alcanzado con una compañía de seguros. Este último giro no es relevante para nuestro objeto de estudio.

C) *polite*. Es el comportamiento considerado como socialmente correcto y que demuestra preocupación y cuidado por los sentimientos ajenos. Al mismo tiempo, cuando se habla de *polite society* o *polite company*, se está haciendo referencia a la clase de personas que se consideran a sí mismas como mejores que las personas normales.

Por tanto, la primera conclusión que arroja la comparación entre el significado primigenio de la palabra *política* y sus diversos significados actuales es la constatación de la riqueza y variedad de la fenomenología que gira alrededor del concepto. Claro que es preciso aquí prevenir que aún nos movemos en el terreno de los significados más usuales y corrientes de *política* y que, por tanto, más adelante será necesario contrastar estas conclusiones con las que formulan los científicos de la política cuando intentan precisar el objeto de nuestra disciplina. Pero aunque hagamos esta prevención e intentemos trazar una línea entre lo vulgar y lo científico, es innegable el hecho de que aquella carga de ambigüedad que pesa sobre la definición de la política en términos corrientes se ha trasladado también al campo del conocimiento científico, dificultando el ejercicio de los especialistas a la hora de determinar, con cierta precisión, el objeto de la Ciencia Política.

Hasta aquí, destacan algunas ideas que pueden extraerse y aislarse para comenzar a construir un concepto de la política: son aquellas que se refieren, por ejemplo, a los *asuntos públicos*, al *gobierno*, a las *comunidades* o los *grupos*, así como las ideas de *acción* y de *actividad*.

Pero para seguir construyendo el concepto será necesario repasar brevemente las principales diferencias y analogías entre la política, tal y como era entendida por los clásicos, así como la política en su sentido más moderno.

Marcel Prelot afirma que *para los antiguos, la política pragmática es el estudio*



de la vida en común de los hombres, según la estructura esencial de esta vida, que es la constitución de la ciudad. Esta afirmación no solamente ilustra sobre la amplitud del alcance del término *política*, como lo utilizaban los clásicos, sino que demuestra que en la antigüedad no era posible dividir y aislar –como lo hacemos hoy– los conceptos de Estado y sociedad civil. La política era todo aquello referido a la vida en común de los hombres en el ámbito de la ciudad y en tal sentido era comprensiva tanto de lo social como de lo político. El hecho de que hacia el final del mundo antiguo Aristóteles haya sugerido la imagen de un animal social junto a la de animal político, en modo alguno suponen el desdoblamiento o la dualización entre las esferas de lo político y de lo social, cuando menos, en el sentido en que estos ámbitos son entendidos en el debate contemporáneo.

Un repaso al pensamiento de Aristóteles ayuda a comprender mejor lo anterior. El filósofo sostuvo que el hombre es un *zoon politikón*, un ser político (un animal político, según otros). Con esta afirmación Aristóteles está diciendo que, históricamente, el hombre siempre ha sido miembro de un sistema político y que la política forma parte de su naturaleza, hasta el punto de que la vida plenamente humana –según Aristóteles– sólo es posible en la comunidad política. Fuera de ella, fuera de la *polis* (la organización o la comunidad política que Aristóteles conoció y sobre la cual reflexionó en profundidad) el hombre es un ser inferior, una bestia, perteneciente al plano de la realidad natural; o bien, es un dios, situado en el plano de la realidad transhumana. El hombre se reúne en sociedad para el logro de un bien común a todos. El bien común no es el bien individual, no es la suma de la porción de felicidad de cada individuo integrante de una co-

munidad, pero tampoco es un bien que nada deba a las partes. Es la integración sociológica de todo lo que hay de virtud y riqueza en las vidas individuales, y que tiende a perfeccionar la vida y la libertad de persona de cada ser. No es utilidad solamente, sino fin bueno en sí mismo, sujeto a la justicia y a la bondad. Es el fin último de la vida social. La política es la ciencia social y práctica cuyo objeto es la búsqueda del bien común de los integrantes de una comunidad. El bien común no es sólo la tarea del poder político, sino también razón de ser de la autoridad política. Por lo tanto, es el bien común el principio y fin ético de la política. Será bueno todo aquello que beneficie, tienda, acreciente o promueva el bien común. Será malo todo aquello que tienda a perjudicarlo, disuadirlo, disminuirlo, etcétera.

La política en sentido clásico puede definirse (según Prelot) como *la ciencia del gobierno de los estados, o el estudio de los principios que constituyen el gobierno y deben dirigirlo en sus relaciones con los ciudadanos de otros estados. Es también el conocimiento de todo lo que se relaciona con el arte de gobernar un Estado.* De precisión evidente, parece claro no obstante que la utilización en esta definición de conceptos históricamente posteriores, como lo son los de *estado* y *ciudadano*, no facilitan su comprensión.

Si la naturaleza del hombre es exclusiva o preponderantemente política, las reflexiones aristotélicas sobre la política son –más que un estudio sobre las formas de organización– una especulación sobre el hombre mismo, al punto que se ha llegado a decir que el pensamiento aristotélico, más que política en sentido estricto, constituye una verdadera antropología, en el sentido de que trata del comportamiento del hombre como miembro de una comunidad o de una

sociedad. En otras palabras, que la reflexión aristotélica supone más una definición del hombre que una definición de la política.

Pero resulta evidente que aún en la Grecia antigua, no toda actividad del hombre era actividad política. Sin embargo, el que el pensamiento reflexivo de aquella época haya caracterizado al hombre como un *zoon politikón* tiene su explicación en la certeza de que siempre es posible encontrar al hombre como miembro de un sistema político, cualquiera que sea su grado de participación en él. Pero es que, además, lo político aparece como una esencia específica, natural y, de algún modo, innata del hombre, que coexiste con otras esencias como las vinculadas a la religión, la economía, el arte, el conocimiento o la moral. El sentido clásico de lo político perdurará bien entrada la Edad Media, al grado de que autores de la época, seguirán postulando aquello de que la política comprende generalmente todas las artes que ocupan a la comunidad humana.

La caída de la *polis* inaugura una compleja y tortuosa andadura de la idea de *política*. De alguna forma, lo *político* se atenúa y se diluye frente a diferentes influencias. Así, la política se *juridiza*, desarrollándose en la dirección indicada por el pensamiento romano; más tarde se *teologiza*, adaptándose primero a la visión cristiana del mundo, luego a las complejas y a veces turbulentas relaciones entre el papado y el imperio y, por último, a las consecuencias de la ruptura entre el catolicismo y el protestantismo. De esta forma, aquel significado clásico de la política, integrado en un discurso de corte ético-político que comienza con Platón, va matizándose al compás de la evolución del pensamiento y de las formas políticas, aunque sin perder su perfil ético y prescriptivo. Las ideas sobre *lo bueno* y *lo justo* (que expresan las aspiraciones de la ética naturalista, la ética teológica y la ética jurídica) planean sobre la reflexión política postclásica y alcanzan su punto de perfección en el desarrollo de la doctrina del Derecho Natural, que resume esta amalgama entre normativa jurídica y normativa moral.

La confusión entre (o, para mejor decir, la imposibilidad de aislar) las ideas de política, antropología, moral y derecho es, precisamente, la nota distintiva del concepto clásico de política. El primer intento de separar estos campos y de emancipar a la política de la influencia de otras actividades humanas es tarea que acomete Maquiavelo (1469-1527).



El Príncipe, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* e *Historia de Florencia*, son avances definitivos en el saber político en la medida en que, para el conocimiento de la potestad pública, introducen metodologías científicas atenuadas a la experiencia histórica. Existe en el autor una intencionada renuncia al engalanamiento “con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos” y una aplicabilidad metodológica de conocimiento comparativo y empírico. Maquiavelo procedía en el análisis de su materia como un auténtico pionero, como un explorador que se lanza en las entrañas de una selva desconocida, paso a paso y descubriendo siempre algo nuevo, con dos preocupaciones que lo caracterizaron toda su vida: ser claro en su estilo y ser objetivo. Maquiavelo comienza a hacer ciencia cuando descubre en los hechos de los hombres una forma especial de actuar que se relaciona de modo perfectamente claro con la existencia del Estado. Para conocerlo y para poder influir sobre ellos, es forzoso verlos tal y como son, sin inventarlos ni adornarlos con significados que no tienen en su realidad concreta; dicho de otra manera, sin verlos como quisiéramos que fueran o debiesen ser. A muchos ha sorprendido la diversidad de planteamientos y aún de tipos de información que opone entre sí a sus dos principales obras: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, al grado de que se ha dicho que mientras *El Príncipe* es monárquico, los *Discursos* son republicanos. Se ha demostrado plenamente que no hay tal oposición, sino más bien una estrecha e íntima complementación. Maquiavelo trata siempre de generalizar

a partir de la información que posee, y ésta es sorprendentemente variada, rica y abundante; pero se trata de una información que, diríamos hoy, no está procesada ni ordenada y esto afecta al estilo de la exposición, que se vuelve pragmático, ejemplificativo y, sobre todo, casuístico. En cuanto a su propósito científico, *El Príncipe* es tremendamente engañoso, al presentarse como un recetario para la acción, un catecismo político porque, en realidad, más que dar consejos a un príncipe hipotético, lo que pretende es recopilar, casuísticamente, todas las acciones posibles que un príncipe lleva a cabo, las acciones que son buenas, es decir, que son eficaces para triunfar en política; y, al mismo tiempo, intenta definir lo que es el príncipe, el político de nuevo tipo, a través de los ejemplos. En los *Discursos* tiene otro propósito: demostrar cómo los principados se convierten en repúblicas. Había observado muchos príncipes de carne y hueso y los había estudiado a fondo, pero para escribir sobre la república sólo contaba con las pequeñas y débiles repúblicas italianas, ninguna de las cuales se parecía a los Estados nacionales que ya habían surgido en otros países. Maquiavelo, así, se vio obligado a inventar, literalmente, una república que pareciera un verdadero Estado y para ello recurre a la república romana, de ahí sus comentarios sobre la obra de Tito Livio, convirtiéndola en lo que no fue: un Estado moderno. Su tesis central es que todos los Estados un día se convertirán en Repúblicas, donde todos los ciudadanos serán como príncipes. Maquiavelo no sólo recortó en la realidad social su objeto de conocimiento, que es el Estado, sino su ciencia misma, la Ciencia Política. Para el pensador florentino, tanto la

moralidad como la religión son, ciertamente, componentes fundamentales de la política, pero a título instrumental. No son, pues, la política misma. Pero la aportación de Maquiavelo a la configuración de una idea más moderna y realista de la política no se detiene en el trazo de la frontera con la moral y con la religión. Maquiavelo postula el que la política tiene *sus leyes propias*, leyes que por cierto ya poco tienen que ver con los mandatos prescriptivos de la moral, la religión o el derecho. Quizá sea esta última reflexión la contribución más importante del autor florentino a la consolidación de la autonomía de la política, como terreno de reflexión y especulación teórica.

Parece evidente que si Maquiavelo no es reconocido como el fundador de la Ciencia Política, cuando menos debe atribuírsele la condición de *descubridor de la política*. Es ciertamente este autor quien inaugura la moderna visión de la política, caracterizada por la distinción, cada vez más nítida y acentuada, entre política y moral, entre política y economía, entre política y derecho.

Si la nota característica de la política en sentido clásico es cierta inescindibilidad de política-ética-religión-antropología-derecho, la nota que distingue al significado moderno de la política es, precisamente, la pretensión de su autonomía. La modernidad de la política conduce a predicar de ella lo siguiente:

La política es *diferente* a otras actividades que realiza el hombre.

La política es *independiente*, porque sigue leyes propias, instaurándose literalmente como ley de sí misma.

La política es *autosuficiente* o *autárquica*, en el sentido de que se basta a sí misma.

La política es una *causa primera*, una causa generadora, no sólo de sí misma, sino también de todo el resto, a causa de su supremacía.

La política no es solamente diferente de la moral. Es también distinta de la economía y, modernamente, no incluye dentro de sí misma al sistema social. El último y exitoso intento por perfilar la identidad de la política es la ruptura de los vínculos entre política y derecho, cuando menos, en el sentido de que un sistema político ya no se comprende como –ni se agota en– un sistema jurídico. Pero, así las cosas, la política aparece como distinta de todo, lo que obliga a preguntarse qué es la política en sí misma.



Paradójicamente, la palabra *política*, tras ser empleada por los griegos, cae en desuso durante casi dos milenios. A ello no obsta el hecho de que, cuando la reencontramos aisladamente –como en la expresión *dominium politicum*– el vocablo es utilizado para caracterizar a un pequeño espacio, a un fenómeno puramente marginal. Entre los siglos XVI y XVIII la palabra *política* se utiliza en diversas formas, que no son sino desviaciones semánticas de su sentido original: *policie* para el francés, *policey* en alemán, y *policy* en el inglés. Lo auténticamente paradójico, sin embargo, es que a pesar del sinuoso *iter* semántico de la palabra *política*, durante aquel tiempo se ha seguido *pensando* siempre en política, porque como telón de fondo de las reflexiones políticas, generalmente ha existido la preocupación por mitigar y regular *el dominio del hombre sobre el hombre*.

A pesar de la regularidad de esta preocupación, no siempre ha resultado tarea sencilla diferenciar aquellos comportamientos humanos de naturaleza ética, religiosa o económica de los comportamientos específicamente políticos. Los contornos más difusos de estos últimos hacen que, a la hora de diferenciar la política de otros comportamientos o funciones sociales del hombre, el camino más corto consista en aprovechar la marcada identidad de los impulsos económicos, morales y religiosos del ser humano.

En este sentido, sin esfuerzo, es posible decir que el criterio guía de los comportamientos económicos es el de la maximización del beneficio al menor costo posible. La satisfacción de las necesidades elementales de los seres humanos es una actividad que, históricamente, ha ido tejiendo todo un sistema de interrelación social dentro del cual las conductas paradigmáticas son aquellas que responden al impulso de maximización del beneficio. A pesar de que la me-

cánica consustancial al funcionamiento del sistema económico condiciona, cada vez más, los procesos políticos, los comportamientos políticos del ser humano no aparecen guiados ni por el apetito de ganancia ni son explicados dentro de la lógica de satisfacción de las necesidades de adaptación de la especie al medio ambiente natural. Y si bien economía y política aparecen o funcionan, las más de las veces, como una dialéctica indisoluble, lo cierto es que ambas dimensiones de la naturaleza humana son diferentes: la primera atiende a las necesidades fundamentales de supervivencia corporal, en tanto que la segunda responde a las necesidades organizativas de los individuos, que, al reunirse en comunidades precisan de una dirección para asegurar la convivencia y el respeto de sus normas. Entre economía y política no pueden establecerse relaciones de super o subordinación, sino circunstancialmente. Ambas generan conjuntamente condiciones conflictivas en el interior de los grupos sociales, y ambas han desarrollado mecanismos propios de gestión y resolución de aquellos conflictos. Ello no obstante, la complejidad creciente de la vida social moderna hace que, las más de las veces, aquellos conflictos se resuelvan mediante la interacción recíproca de estas dos grandes esferas de influencia y de poder.

La moral no ha de ser confundida tampoco con la política, muy a pesar de que la moral aparezca frecuentemente –y ello es deseable– como un componente central de la *acción* política. El criterio que guía los comportamientos éticos es el del *bien*. La acción moral es la acción debida. La acción política, por contra, es una acción dirigida a establecer un orden de convivencia humana, a través de la utilización del poder. Es cierto que muchas veces, aquel orden de convivencia habrá de estructurarse alrededor de valores y de principios pero la política, en sí misma, como categoría científica, prescinde de cualquier ejercicio valorativo. Por estos motivos a veces resulta sumamente difícil separar ambas actitudes humanas, y es de esperar que política y moral continúen implicándose y sirviéndose recíprocamente.

Quizá resulte un poco menos complicada la tarea de distinguir entre política y religión. Si entendemos a la religión como un conjunto de conductas específicamente humanas que derivan de su incapacidad para comprender ciertos aspectos –quizá sobrenaturales– de la realidad que lo rodea y lo condiciona,

rápidamente y echando mano de los elementos conceptuales, podemos advertir que la política apunta en una dirección bastante diferente. Pero lo que es posible aislar mediante un simple ejercicio intelectual, no resulta tan sencillo de diferenciar cuando damos un vistazo sobre la realidad histórica. En todas las épocas, el temor a lo desconocido y la incapacidad humana para elaborar explicaciones sobre determinadas parcelas de la realidad han estado vinculados, de una forma o de otra, al ejercicio del poder en el seno de la sociedad. Muchas veces la política ha sido un instrumento al servicio de la religión y otras tantas ha sido la religión la que ha servido a los propósitos de la política. Las diferencias religiosas han sido utilizadas para alentar propósitos de hegemonía y, al mismo tiempo, los poderes políticos han sido muchas veces determinados a sostener posiciones religiosas o teológicas.

Nuestra aproximación conceptual y el posterior intento de deslindar las esferas de acción de la política en relación con otros aspectos del comportamiento humano, nos colocan en un punto en que se nos facilita notablemente la tarea de intentar una definición de la política. Intento que, por cierto, no supone la pretensión de cerrar o pasar por alto el arduo debate que gira en torno, precisamente, a la definición de política. Pero el hecho de que no exista unanimidad y el que tampoco sea posible ensayar una conceptualización omnicompreensiva, no alcanzan a persuadirnos de la inconveniencia o de la inoportunidad de intentar hacerlo por nosotros mismos.

En la tarea de elaboración de la definición de política, parece conveniente comenzar destacando algunos de los elementos que la caracterizan y le confieren especificidad y autonomía para luego, en un segundo momento, unir estos elementos en un enunciado que los comprenda y que, a la vez, los interrelacione. Algunos de estos elementos ya han sido esbozados. Así, la política puede empezar a ser definida como una *actividad*, como un conjunto de operaciones o tareas propias de una persona o entidad. Este concepto de actividad ya nos está advirtiendo de que hablamos de una actividad *humana*, del hombre, sea en su faz individual, sea una faz colectiva.

Pero es que además, el concepto de actividad supone el que aquellas operaciones y tareas propias de una persona o una entidad, se hallen encaminadas hacia un fin. La existencia de un fin concreto supone, a su vez, el que quienes de-



sarrollen aquella actividad empleen determinadas herramientas, instrumentos o medios para alcanzar tal fin. Por tanto, un buen paso siguiente en la elaboración de la definición de política consistirá en averiguar qué se proponen los hombres y sus organizaciones cuando despliegan su *actividad* política, y cuáles son los medios que emplean para conseguir esos propósitos. A la hora de efectuar tal operación, hay quienes gustan de poner el acento sobre determinados elementos o componentes de la política y quienes pretenden reconducir toda la política al que consideran como el más preponderante de sus elementos. Así sucede, por ejemplo, con quienes entienden la política como una actividad caracterizada, casi exclusivamente, como la lucha por el poder. No es posible entender así a la política, porque al hacerlo estaríamos limitándola a tan solo uno de sus aspectos: el de la competencia entablada entre quienes intentan acceder al poder. Es política, también la actividad que desarrollan quienes ya detentan el poder y lo ejercen sin necesidad alguna de competir por él.

Otro enfoque fragmentario y, por tanto, insuficiente, es aquel que alude a la política como el *arte de lo posible* (expresión que se atribuye a Otto Von Bismarck). Quienes combaten esta visión de la política suelen decir que si algo es posible no habrá de necesitar de la política para poder concretarse, por lo que –invirtiendo los términos de la frase– postulan que quizá sea más adecuado pensar a la política como el arte de lo *imposible*.

Lo mismo sucede con aquellos que tienden puentes entre la política y la guerra. Si para éstos la guerra es la política hecha con otros medios, a la inversa, la política podrá ser entendida como la guerra encarada también con medios diferentes y ello, cuando menos a primera vista, parece una exageración notable. Lo cierto es que las pretendidas relaciones de parentesco entre la política y la guerra soslayan el hecho de que la

política es, esencialmente, una actividad tendiente a construir los consensos que permitan el establecimiento de un orden social que haga posible la *convivencia* de los hombres en sociedad.

Otro tanto puede decirse en torno a los que sostienen la práctica confusión entre política y Estado. Y es sabido que la *política* no es solamente una actividad que se desarrolla en el ámbito estatal. Lo vemos con mayor claridad cuando intentamos delinear una tipología de la política en función de los diferentes ámbitos espaciales en que esta actividad se desenvuelve.

En este sentido, podemos entender que existe:

–Una *micropolítica*, en donde las relaciones de poder se manifiestan a nivel individual o grupal, generalmente en el grupo cara-a-cara, o grupo de encuentro (la familia, el barrio, el club).

–Una *mesopolítica*, que se desenvuelve en un ámbito inferior al de la nación y comprende, generalmente, la vida política de las ciudades y los pueblos.

–Una *macropolítica*, que es el nivel en que la política alcanza su máxima expresión, y comprende las relaciones políticas de alcance nacional que definen y explican en profundidad la vida política de un país en su totalidad.

–Una *megapolítica*, que trata de la política que se desarrolla por encima de las naciones y que es materia de estudio de las Relaciones Internacionales.

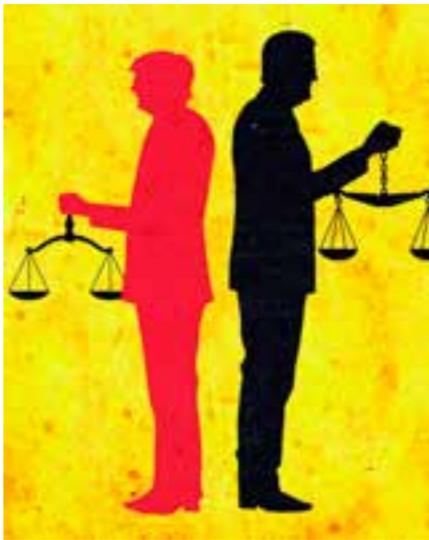
Sentadas estas distinciones que, en cualquier caso, habrán de interpretarse y valorarse con independencia del reparo que merezca la utilización de una terminología que aún no ha sido suficientemente consensuada por los especialistas, es preciso estudiar de qué manera y bajo qué condiciones es posible calificar a un hecho o a un fenómeno como *político*, y poder distinguirlos con claridad de muchos otros hechos y fenómenos que se verifican en la realidad. Para ello será de utilidad referirse a las *tres categorías de lo político*.

La primera de ellas está referida a la distinción entre *lo público* y *lo privado*. Se ha dicho que con esta distinción, lo que se intenta es trazar una línea que divida, de un lado, aquello que pertenece a la sociedad global y del otro, aquello que pertenece a sus miembros considerados individualmente. Esta afirmación puede valer como punto de partida para una separación entre ambas categorías, pero no está libre de cierta imprecisión al reducir el ámbito de lo privado a la esfera

individual cuando, en realidad, lo privado también comprende instancias pluri-individuales y colectivas. Pero siguiendo en esta línea, podemos afirmar que la *esfera pública* se caracteriza por la presencia de relaciones de subordinación entre gobernantes y gobernados, que son relaciones entre *desiguales*. En la *esfera privada*, por contra, estas relaciones son de coordinación y se establecen entre *iguales*. En el campo jurídico, esta distinción fundamental entre lo público y lo privado se traduce en la naturaleza diversa de las normas jurídicas, sea que pertenezcan al derecho público, sea que pertenezcan al derecho privado. En efecto, mientras las normas de derecho público se caracterizan por su *inderogabilidad* por la voluntad de los individuos de una sociedad, las normas del derecho privado, típicamente y en su mayoría, son derogables o disponibles por aquellos individuos. La razón de la inderogabilidad de las primeras (y de la derogabilidad de las segundas) es que las normas de derecho público ordenan las relaciones entre el Estado, como expresión del poder público organizado, y los particulares. Estos, a través de contratos y aún de convenios colectivos, no pueden avanzar sobre aquellas, pues razones superiores (supremacía normativa del Estado) así lo aconsejan.

Por el contrario, las normas de derecho privado apuntan a ordenar las relaciones (generalmente de contenido patrimonial o, mejor, económico) entre los particulares. Dependiendo de la naturaleza y valor de los derechos involucrados, el Estado concede a aquéllos un espacio más o menos amplio de autonomía para que regulen sus relaciones recíprocas, generalmente a través de contratos y de actos unilaterales de manifestación de voluntad con relevancia jurídica. Estos actos, normalmente, son derogables (modificables) o retractables por el juego de las mismas voluntades que contribuyeron a su otorgamiento, pero es claro que el derecho privado está hecho también de normas *imperativas* que el Estado impone para que los particulares observen y cumplan a la hora de otorgar aquellos actos. Estas normas imperativas generalmente no pueden ser modificadas por los particulares, puesto que en su cumplimiento está interesado el *orden público*, aunque no por ello las normas pierden su carácter de derecho *privado*.

En el plano de la justicia, esta dicotomía entre público y privado se manifiesta en la diferenciación entre *justicia conmu-*



tativa y justicia distributiva. La primera, que tiene lugar entre las partes y opera en una sociedad de iguales, es la que regula los intercambios, apuntando a que éstos sean entre cosas de igual valor para que puedan ser considerados *justos* (habrá justicia conmutativa, por ejemplo, en una compraventa al fijar un precio que se corresponda con el valor de la cosa vendida [precio *justo*], o en un contrato de trabajo, cuando el salario remunere estrictamente el valor del trabajo prestado, o en una indemnización, cuando la reparación guarda estricta relación con el daño producido). La segunda (justicia distributiva), que tiene lugar entre el todo y las partes, se produce en una sociedad de desiguales, es la que inspira a la autoridad *pública* para la distribución de honores y gravámenes y procura que cada uno reciba lo que corresponde, según su mérito, su necesidad o su trabajo.

La segunda categoría de lo político se detecta en la relación *mando-obediencia*, que entiende a la política como una relación interhumana, en virtud de la cual la acción de unos determina el comportamiento de otros. Este género de relaciones constituye un presupuesto fundamental de la política, por cuanto de ellas se desprende el instrumento específico de la política que es *la fuerza*, cuyo monopolio para la regulación de su uso legítimo está atribuido al Estado.

La tercera categoría de lo político está referida a la distinción entre *amigo-enemigo* y sostiene que lo político puede encontrar su fuerza y su dinámica en los más diversos campos de la vida humana, en las contraposiciones económicas, religiosas, o de cualquier otro tipo, capaces de crear una dialéctica de lucha y de conflicto.

En resumen, a la hora de establecer

el contenido del sustantivo *política*, así como de utilizar con precisión y propiedad el adjetivo *político* o *política*, es imprescindible reconducir el análisis de los hechos, fenómenos y conductas a alguna de las categorías de lo político. De este modo, podremos predicar que hay política o que ciertos hechos adquieren relevancia política, cuando en ellos existe tensión o contraposición entre lo público y lo privado, entre el mando y la obediencia, entre el amigo y el enemigo.

Puede decirse entonces que la actividad humana a la que llamamos *política* tiene una esencial dimensión *teleológica*, en el sentido de que está orientada hacia un fin. Este fin no es otro que el de *realizar un orden de convivencia humana*. Pero a estas alturas es fácil imaginar que también respecto de los fines de la política no existen acuerdos unánimes. Algunos ponen el acento en aspectos tales como la fuerza o el poder (elevando a la categoría fin a lo que solamente son instrumentos o medios de que se vale la política), otros prefieren hablar de los aspectos organizativos del Estado, y así un largo etcétera. Pero como la convivencia humana es, por definición, compleja y presenta diferentes planos y niveles, habrá que intentar pensar qué orden de convivencia humana es el que pretende asegurar y concretar la política. Y, de momento, la única respuesta posible es la que nos dice que aquel orden de convivencia que la política aspira a realizar es el que se sitúa por encima (se supraordina) a cualquier otro nivel o plano de la convivencia humana, precisamente para permitir que estos otros planos de la convivencia sean también posibles.

Y el instrumento de que se vale la política para alcanzar sus fines propios es el poder. La complejidad conceptual de la idea de poder y específicamente de la de *poder político* aconseja, en este punto, eludir su definición. Baste a los fines de avanzar los elementos para una definición de la política, saber que ésta se vale del poder para perseguir sus fines.

Dicho esto, estamos en condiciones de intentar *armar* la definición buscada. Entonces, diremos que *La política es la actividad humana que, mediante la utilización del poder como instrumento, está orientada a la gestión y resolución de los conflictos entre los grupos sociales, y a la organización institucional de la dinámica conflictual, con el objeto de realizar un orden de convivencia humana*.

Nunca está demás decir que el esfuerzo no justifica que nuestra definición aspire, pretenda o reclame la una-

nidad que se les ha negado a los más insignes pensadores políticos. Como tal definición es, con seguridad incompleta, imperfecta o sesgada, pero su valor reside en su utilidad como llave para conocer más en profundidad la *realidad política*, que constituye el objeto de conocimiento de la Ciencia Política.

Sin pretensión de exhaustividad tampoco, repasaremos algunas otras definiciones de *política*, con el objeto de intentar un ejercicio comparativo y crítico.

Así por ejemplo, se ha dicho que la política es un conjunto de fenómenos sociales que, mediante una operación de inteligencia, podemos abstraer del conjunto general mediante el reconocimiento de ciertas características relacionadas con el poder, la influencia, el gobierno y la dirección de diversos grupos, que se presentan en el seno de la sociedad y, finalmente, de toda la comunidad identificada como unidad, por cierta capacidad de dominación que la separa de otras. También, que la política es la actividad social que se propone asegurar por la fuerza, generalmente fundada en un derecho, la seguridad exterior y la concordia interior de una unidad política particular, garantizando el orden en medio de las luchas que nacen de la diversidad y de la divergencia de opiniones y de intereses. Y si queremos, como Easton, entender a la política como un sistema, se puede decir que la política es un sistema de interacciones abstraídas de la totalidad de los comportamientos sociales, a través de las cuales los valores se asignan de modo imperativo para una sociedad.

A partir de aquí, podemos entonces distinguir tres facetas de nuestro concepto:

– La *política como arte* se manifiesta en la competencia que se establece entre los individuos que tratan de alcanzar el poder. Como esta no es una competencia regulada, cada uno de los protagonistas –tal como si fuera un *artista*– le imprime a su comportamiento su sello personal y, seguramente, aquellos que destaquen por su habilidad, intuición, adaptabilidad a las nuevas situaciones, coraje o prudencia, serán los que obtengan los mejores resultados. La actividad política así desplegada será, desde luego, imprevisible.

– La *política como técnica* será la actividad que despliegan los gobernantes. Si bien éstos podrán imponer su particular estilo de conducir, el ejercicio de la función de gobierno es una actividad regulada, a cuyas normas deberán ajustarse todos aquellos que desempeñen cargos en el gobierno. En este caso, la actividad política será perfectamente previsible.



– La *política como ciencia* no se manifiesta ni en la actividad política que desarrollan quienes pretenden acceder al poder, ni la que realizan quienes ejercen el poder a través del gobierno. Cuando hablamos de política como ciencia hacemos referencia al *conocimiento* que podemos tener de aquellas actividades humanas, ajustándonos para ello a las reglas del método científico. Por tanto, la Ciencia Política será aquella disciplina que se ocupe del conocimiento sistemático y objetivo de los hechos y fenómenos que conforman la *realidad política*.

El desvanecimiento de la política

La política naufraga cuando se vacía de contenido, cuando no concede los principales bienes para los que fue formulada: paz y seguridad social. La política pierde cuando no es capaz de controlar las emociones y recae en violencia, cinismo, egoísmo. Algunas reflexiones breves sobre esta actividad redundan en la capacidad autoritativa que ejerce, decae cuando pierde el control, cuando extravía las maneras para detener la crispación de los diferentes elementos que forman su entorno. La política queda hueca cuando se desprende de la naturaleza humana colaborativa. La política fracasa cuando desaparece, cuando gobierno, élites y ciudadanos dejamos de practicarla.

Thomas Hobbes y Augusto Comte tienen un denominador común en lo que se refiere a buscar medidas para generar cursos de acción humana exitosos. Más allá de lo mecánico-organicista y la necesidad de buscar leyes para la felicidad social, sus estudios y temores son evidencia de la capacidad reaccionaria que genera la guerra como extensión de

la política. Muchas veces ha fracasado la política en el curso de la historia, el siglo XX es la evidencia mayor. La política subordinada a lo económico y social simplemente se transformó en la antipolítica que capitalismo y comunismo prolongan hasta nuestros días.

Albert O. Hirschman anticipaba el triunfo inevitable del capitalismo sobre el socialismo y las razones por las que el liberalismo significaba un camino civilizatorio. Aunque tuvo razón, sus argumentos no fueron suficientes para que el capitalismo se hiciera ético y responsable como se exige al gobierno. Constantemente se persigue la corrupción, falta de transparencia y autoritarismo de la esfera política, pero nadie dice nada de lo que ocurre en la empresa criminal. La sociedad abierta de Karl Popper también puede convertirse en una sociedad criminal que destruye el medio ambiente y a sí misma. Bernard Crick y Hanna Arendt no se equivocan cuando señalan que el determinismo económico es responsable de los totalitarismos depredadores.

Ahora el capitalismo no quiere hacerse responsable de la externalidad que generó su desarrollo y en lugar de hacerse responsable del posibilismo, busca el exterminio humano, como ocurrió en la primera mitad del siglo XX. La política debe ganar espacio frente a la economía y la sociedad, Norberto Bobbio había señalado que el liberalismo social era la obligación del futuro y éste ya nos alcanzó.

* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La política de los de a pie... ¿también fracasa?

Ricardo León García

Ciudad Juárez.- La simple palabra provoca urticaria... política. En diversos sectores de las sociedades occidentales, la actividad política se ha ido devaluando en la percepción de la mayoría de la gente. También es justo decir que, para más de tres, eso importa nada, puesto que con cualquier tipo de fama que se tenga de la política, seguirá siendo un *modus vivendi* cuando en esencia, no debía ser más que un *modus operandi*. Lo que opinen y quieran los demás no es su prioridad, aun cuando viven de decir que sí lo es.

¿De cuál política hablo? La ciencia política cuenta con múltiples enfoques, una gran variedad de puntos de vista bajo los cuales se elaboran teorías, se dictan formas de analizar el ambiente político, se proponen opciones a partir de la comprensión de coyunturas y sistemas estructurados o se mantiene un espacio dentro de los medios de comunicación para pontificar o encauzar a la opinión pública. Por otro lado, están quienes aplican o dicen aplicar lo que los politólogos y los políticos de antes les han legado para ejercer una forma de vida que, en apariencia, tiende a lograr el bien común a partir de la negociación, la creación de consensos y el diseño y aplicación de normativas para la convivencia.

“La política trata del estar juntos y los unos con los otros de los *diversos*”, dijo Hannah Arendt. Se trata de un intento de organización que busca evitar el caos, puesto que dos o más seres racionales juntos tienden a sacarse los ojos si no tienen conciencia de que existe una norma que limita el uso de la fuerza. El lado animal de la humanidad lo tenemos a flor de piel. Para eso es la política, entonces, para buscar acuerdos y establecer límites a nuestra animalidad. Dado que quienes más fuertes se sienten son

los que proponen las bases de una negociación, es común la percepción de que el concepto de política esté más vinculado a una relación de dominio que a un proceso de acuerdos y consensos por el bien común. Barbara W. Tuchman desboca en pesimismo cuando afirma que la sabiduría es lo menos utilizado en la toma de decisiones políticas, “en cuestiones de gobierno la humanidad ha mostrado peor desempeño que casi en cualquiera otra actividad”. Sin embargo, esta «marcha de la locura», como la califica la historiadora neoyorquina, resulta una práctica cotidiana y no solamente en los ámbitos gubernamentales. Ella se refiere a las decisiones gubernamentales con respecto de la guerra, pero sus argumentos nos incitan a pensar en todo cuanto tocan nuestros congéneres.

El hecho de que dos personas o más hayan decidido enfrentar la vida juntos significa un acto político, puesto que se deben alcanzar acuerdos mínimos para la convivencia. Esta relación puede mantenerse con o sin jerarquías, siempre siguiendo las líneas del convenio al que se haya llegado. Es de esta manera que las relaciones familiares, comunales, laborales, religiosas, educativas, cívicas... todas, responden a formas de hacer política: promoción de consensos, negociaciones permanentes, presiones y cesiones, imposiciones, acuerdos y enfrentamientos, siempre con tal de llevar la fiesta en paz y alcanzar los objetivos trazados. La utilización de la fuerza forma parte fundamental de este proceso, sin duda. ¿No nos gusta la política? Aunque no sea de nuestro agrado, estamos metidos en el juego y podemos salir de él solamente cuando renunciamos a vivir con los demás. Alguna vez decidiremos cambiar sus reglas; mientras tanto, aquí seguimos.

Así como a lo largo de la historia existen diferentes tradiciones de pensamiento que han propuesto diversos esquemas de organización política, hay ocasiones en las que se convierte en aspecto central de la discusión el conjunto de normatividades formales o no, que se deben seguir para lograr los acuerdos mínimos hasta en las relaciones más cotidianas dentro de la sociedad. Los núcleos más simples dentro del conglomerado humano, como las diferentes formas de familia, congregaciones religiosas, el salón de clases, el espacio público en el barrio o la prensa de todos tipos se someten a discusiones en las que se tratan de definir, proponer, imponer y adecuar las maneras en cómo se establecen los procesos de comunicación y la búsqueda de cambios para afinar los modelos de convivencia.

El popularizado rechazo a los políticos y la política encuentra sus explicaciones en argumentos que permiten pensar que quienes hacen la política provienen de otro planeta, o forman parte de una especie biológica diferente a la nuestra, quienes estamos fuera de ese medio. A poca gente se le puede ocurrir que uno y varios de esos seres promotores de tan deleznable actividad han sido nuestros compañeros en la escuela, compas del mismo barrio, quizá acudimos a la misma iglesia durante años y son, como nosotros, hijos de una respetable familia. Entonces, ¿qué sucedió en el camino? ¿Acaso se involucraron en una satánica secta donde fueron protagonistas de algún rito de pasaje inexplicable en estas páginas? Lo absurdo sería pensar que, en efecto, los políticos son producto de alguna manipulación genética promovida desde el espacio exterior por alguna civilización tan desarrollada como inversa.

Común también es suponer que de



aquel lado donde están los políticos se encuentra lo podrido de la sociedad y que de nuestro lado todo es integridad, honradez y respeto. La corrupción se encuentra en ramas muy diferentes a las que ocupamos «nosotros». Somos modelo de comportamiento y solidaridad social. Tanto, que nos indigna el agente vial que nos detiene cuando conducíamos a 150 kilómetros por hora en una avenida acotada a solamente 60, pero el muy «mula» se encontraba escondido detrás de un espectacular, donde nadie lo percibía. Nos asumimos lo mejor del medio cuando ampliamos nuestra casa de manera tal que rompemos la uniformidad del estilo del barrio o le bloqueamos los rayos del sol al vecino contiguo, poseemos cuatro autos con tan solo un espacio como cochera, eliminamos los árboles del frente de la casa y buscamos la sombra del árbol que el vecino ha cuidado por décadas; solamente hacemos fiesta los fines de semana con música para tres manzanas alrededor hasta las tres o cinco de la mañana; mantenemos varios perros a los que les sacamos muchas fotos que subimos a las redes sociales, pero los mantenemos encerrados, mega estresados y despertando al vecindario porque no dejan de ladrar toda la noche y cuando alguien reclama, nos comportamos como víctimas de la incomprensión y la intolerancia... nosotros que no molestamos a nadie.

Es altamente probable que nuestros

personajes del párrafo anterior se encuentren fuera de toda forma de organización político partidista. Él, encumbrado directivo de una empresa de capital extranjero bajo el régimen maquilador; ella, ama de casa devota de dios, de su hogar y de su familia, amante de las flores (de plástico, pues las verdaderas producen basura) y de los minúsculos perros que además de ladrar todo el día, ladran toda la noche y al visitar las banquetas de alrededor de la mansión familiar rocían orines y heces como si fueran las bestias de la yunta. En efecto, ni necesidad deben tener de inmiscuirse en ese sucio mundo de la política, dios les libre. Sin embargo, las consecuencias de sus actos cotidianos abonan las semillas del descontento, de la incomodidad, de la insensatez y, sobre todo, del conflicto que hará muy complicado alcanzar acuerdos, compromisos y el tan mentado bien común.

¿Hay diferencia de fondo con eso de lo que tanto nos quejamos «los buenos de la película» sobre la actuación de los políticos en el mundo de la política y sus alrededores? Evidentemente no existe un organismo desconcentrado del Estado mexicano que defina la multimillonaria cantidad de recursos públicos con los que deban ser subvencionados los políticos de a pie. Nosotros, quienes no nos dedicamos profesionalmente al ejercicio de la política, por aparentar representar el sentir y el querer de la ciu-

dadanía (o parte de ella), asumimos que nada ni nadie puede buscar controlar nuestra actuación en la sociedad pues, si no actuamos contra los derechos de los demás, luego entonces hacemos lo correcto: ¿en qué puede afectar a mis vecinos que conduzca un auto en completo estado de intoxicación etílica? A nadie debe molestar que yo introduzca en mi cuerpo cuantas sustancias le plazcan. El fantasma de Robinson Crusoe se apoderó de la humanidad. Pero las «robinsonadas» —Karl Marx *dixit*— no son más que la lectura superficial de las aventuras del personaje de Defoe y que caen como anillo al dedo para justificar la visión individualista que considera el bien común como “mi propio bien y quién sabe el de los demás”.

La degradación de nuestras formas cotidianas de existencia no son producto de la casualidad, así como no son obra de la perversidad de las minorías en detrimento de las mayorías. No se trata de un enfrentamiento permanente entre buenos y malos, el asunto está muy alejado de las características morales de quienes formamos parte de la sociedad. La noción del bien común se nos escapa de las manos y de la mente, pues resulta mucho más sencillo pensar en uno mismo y que al resto se lo lleve el tren. Regresamos con ello a la marcha de la locura de B. W. Tuchman: mis intereses estarán siempre por encima de todo lo demás. El bien común siempre tendrá una posición

envidiable dentro del discurso, aunque supeditado a mis intereses. Cuando todos actuamos con ese paso firme en la marcha de la locura, el caos se apodera de la sociedad y la política no es más que una mera fantasía cuando se piensa que es para el bien de todos. Hacemos fracasar la política.

Una de las graves preocupaciones del individuo contemporáneo es mantener una imagen como un ser de bien. El temor a un juicio definitivo y final, al castigo eterno y al sufrimiento sin fin, a pesar de ser una amenaza lanzada desde milenios ha, en la actualidad juega un papel determinante en el carácter y la conducta. Y aunque la advertencia se ha venido repitiendo con constancia, las estrategias para librarse de ella se han sofisticado al grado tal que se estima es suficiente con aparentar a fin de lograr un consenso sobre la opinión hacia uno. Cuanto más se agudiza la actitud individualista, tirando por la borda a la comunidad, al ser colectivo que nos ha mantenido como especie, tanto más se hacen esfuerzos por mostrarse ante los demás con ropajes que denotan rectitud, bondad y respeto hacia los demás. Por supuesto, las máscaras juegan un papel muy importante, pues cambiar de rostro se ha convertido en la premisa de actuación, igual, a fin de demostrar la capacidad para representar varios roles conforme lo vaya exigiendo la comedia humana. Todo sea por mantener el nombre en la marquesina que da a conocer el espectáculo cuyas funciones se suceden *ad infinitum*.

En los años sesenta del siglo pasado el filósofo francés Guy Debord planteó con toda contundencia que vivíamos un tiempo en el que era más importante la apariencia y la representación. Las personas no son sino lo que aparentan ser y con eso nos quedamos, con la imagen. El individuo es lo que los demás perciben de su persona y, por tanto, el juego de las apariencias y las simulaciones es básico. De ahí el esmero por mostrar ciertos ropajes y la oportunidad con la que se debe cambiar de máscara dentro del escenario. Los actuantes viven del aplauso, de la admiración de los demás, de lo que no siempre tan sutilmente deslizan a la colectividad, siempre ávida de mostrar admiración, pues su vida es tan hueca que busca de manera permanente imitar hasta encontrar las fórmulas adecuadas con las que tenga cabida dentro de ese o cualesquiera otros escenarios.

Por supuesto, resulta obvio que cuando los modelos de convivencia se encuentran sostenidos por elementos de



utilería, por relaciones y propuestas fingidas, las consecuencias sociales carecen de la fuerza para sostener los mínimos necesarios para la convivencia. Así como en el circo de tres pistas en el que se ha convertido la política, la de los partidos, la de los gobernantes y legisladores, la de los grandes actos de corrupción y venta de influencias, los *clowns* basan sus rutinas en «al público lo que pida» y los domadores aparentan dominar a sus fieras, cuyas dentaduras son de plástico y les hacen la *manicure*, a fin de evitar riesgos innecesarios... y todos aplaudimos, de la misma manera, en la calle, en el barrio, en la escuela, en la oficina, en la fábrica, en el *mall* y en la iglesia, la representación de los papeles que cada quien asume, están adecuados a lo que los demás quieren escuchar y saber. Buscamos el aplauso y ávidamente aplaudimos cuando nos damos cuenta de que alguien dice lo que anhelamos escuchar o hace lo que hemos consensuado como lo adecuado para que las cosas sigan tal como ahora son. *The show must go on*.

La conferencia de prensa del gobernante, la sesión en el congreso nacional, o el desfile de las fuerzas armadas, son espectáculos emulados en nuestro acontecer cotidiano. Las oquedades ante todo son lo primero que se muestra para seguir aparentando que todo va bien. Por el lado contrario, las oposiciones forman parte del mismo espectáculo; y si bien debe aparentarse que su camino va en sentido contrario, al final, el destino es el mismo: el paradigma de la actuación tiene los mismos fundamentos. No es un círculo vicioso, simplemente es lo mismo.

Se le atribuye a Giordano Bruno la frase «*se non è vero, è molto ben trovato*», que podemos interpretar libremente como «si no es verdad, al menos suena bien», aunque no entendamos el contexto en el que el napolitano se expresó.

La inquisitorial condena y ejecución de este sacerdote del siglo XVI no estuvo directamente relacionada con esta frase, sino con otros muchos atrevimientos de su pensamiento libre. Pero la frase funciona muy bien para mantener vivo el espectáculo. De algunas décadas al presente, como espuma creció la idea de la corrección política o *political correctness*. Se trataba de que, de una vez por todas, se llevara la fiesta en paz por la paz misma, aunque la fiesta significara la misma competencia encarnizada por crear hegemonías, consolidar dominios, borrar a los otros y permitir mantener ocultas diferencias y diferenciaciones. La monstruosidad provocada por tan creciente tendencia ha llevado a estupideces tan grandes como la justificación de las dichas *fake news* y la denominada postverdad. Aunque sean estupideces, dichas con palabras bonitas –o políticamente correctas– ya no son lo mismo, a pesar de ser igual.

Las fórmulas de la corrección política, donde se incluye el uso forzado e indiscriminado de eufemismos, forman parte de todo este gran movimiento con el que se busca esconder con palabras una realidad que también queremos que forme parte del espectáculo y, por tanto, se debe disfrazar. Se le encontrarán algunas máscaras y dentro del gran baúl de la utilería, la política de arriba, como la de abajo, seguirán estando basadas en un discurso *molto ben trovato* que busca no lastimar a nadie, que resulta amable al oído y a la conciencia, pero que esconde esa mohosa estructura sobre la cual hemos construido nuestras relaciones que, insistiremos hasta el cansancio, buscan el bien común y la sana convivencia. Si no, ¿para qué entonces debe servir la política?

* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

El fracaso de la política

Mario Rechy M.



Ciudad de México.- La política es el esfuerzo por hacer feliz a la gente, dijo Pepe Mújica ante los legisladores uruguayos el día que se retiró del servicio. Planteamiento muy nuestro. Muy latino lusitano. Con un énfasis diferente al que Aristóteles y la academia le han dado a ese tema.

Aristóteles piensa también en la felicidad. Pero mediada; pues plantea que, en la vida política activa, se trata de las acciones virtuosas que realiza un ciudadano a favor de la polis o su pueblo, tanto en el ámbito del gobierno, como de la asamblea, para que los demás puedan ser felices.

Pepe no distingue o sitúa ese ejercicio en el ámbito del poder, el partido o el gobierno. Porque pienso que para él la política tiene un ámbito moral, cívico, no necesariamente encuadrado en los partidos o el gobierno. Y yo pondría énfasis en esa concepción. Simplemente porque no creo que la superación de ese fracaso pueda surgir o darse desde la esfera del Estado o con la iniciativa de los partidos. Sólo la concibo como acción independiente de los ciudadanos. No se trata de una cuestión menor, o de matiz.

Otro político, en este caso José Revueltas, considera que la política del porvenir, que empezó a fin del siglo XX, es un esfuerzo por organizar a los ciudadanos en el ejercicio de su autogestión, es decir,

en la organización que permita y asegurar que los mismos ciudadanos deliberen sobre sus problemas y necesidades, definan sus soluciones, alcancen el consenso, e instrumenten las acciones para alcanzar sus objetivos.

Abordar entonces el fracaso de la política, como hecho contemporáneo, obligaría primero a decir de cuál política hablaríamos. Pues lo que fracasó es la política de los políticos que actúan en los partidos y se insertan en el Estado.

Ni duda cabe que la política es un fracaso. Sea el bien común su objetivo, o la felicidad de los congéneres, o la acción virtuosa de un ciudadano a favor de la polis, las tres acepciones han venido siendo un fracaso en la mayor parte del mundo occidental –y probablemente también en el otro lado del mundo.

Y, aunque cada acepción tiene ciertamente una explicación particular, son perfectamente compatibles las tres explicaciones de ese fracaso.

Si empezáramos por hacer un recuento del empobrecimiento de la mayoría, de la caída en el ingreso universal, y la pérdida de condiciones de buena convivencia, ello ilustraría el fracaso de la acepción aristotélica. Pues quien organiza o define las medidas o programas que atienden esa situación son los órganos del Estado. Si tomamos las encuestas de satisfacción y felicidad que sienten o experimentan

los ciudadanos, comprobaríamos la caída de los indicadores. Y entonces se confirma que los partidos sirven para cualquier cosa, menos para dar felicidad a los ciudadanos. Y si medimos de alguna manera la participación de las mayorías, no en el proceso electoral, sino en la definición de sus prioridades, diseño de estrategias para conseguir las, e involucramiento en la ejecución de las medidas y programas, confirmaríamos lo visto en los dos sentidos anteriores.

El siglo XXI ha arrancado como un siglo de búsqueda, pero más como un tiempo de desesperanza, inconformidad y desconfianza. Y eso que el crecimiento de la tecnología y los recursos se ha incrementado en forma exponencial. Mostrando, de alguna manera, que el fracaso no es por limitaciones materiales, ni técnicas. Es de un orden más profundo.

Y me atrevo a decirlo así, porque detrás de los cambios formales que han experimentado los gobiernos o los partidos, todos, o casi todos, vemos una generalidad de la corrupción, como *leit motiv* de la administración pública. Pero peor aún, una inoperancia del poder judicial que debe defender a los ciudadanos. Sobre todo en México, donde el 95 por ciento de los crímenes son impunes, donde tenemos 97 mil desaparecidos, y donde gobiernos van y vienen, pero los personajes al frente son casi los mismos, pues los

partidos tienen un discurso muy distinto, pero un quehacer muy semejante.

El saldo negativo, de pobreza permanente y falta de empleo, tiene en esos indicadores parte de su explicación. Pues como diría Einstein, anuncian otras metas y otros logros, pero siguen haciendo lo mismo, esperando llegar a otra parte.

¿Y qué es lo mismo? Ese es el punto. Lo mismo es mantener las instituciones intactas, y dar continuidad a las políticas, con otro nombre, pero con la misma naturaleza, tanto en la esfera de la administración pública, como en la organización económica, y en el ámbito educativo. Las instituciones son el marco o contexto en que se realizan todas las actividades de una sociedad. Y estas tienen reglas, leyes y procedimientos o manuales de operación. Y en esos manuales o reglas, no cabe una mayor intervención de la ciudadanía, ni cómo considerar las prioridades que esa ciudadanía formula, o va decantando. Ni nos ven ni nos oyen.

Pero también porque estas estructuras producen una concentración del ingreso, además de mantener la hegemonía del capital financiero por sobre cualquier otro interés. Y porque la ideología dominante, que expresa los intereses de ese *statu quo*, es refractaria al debate, a la deliberación, que buscaría o legitimaría un cambio de intereses, una reorientación de objetivos, y, desde luego, un cambio de estructuras, es decir, una sustitución de instituciones.

¿Cuándo o cómo podríamos plantearnos remediar o rescatar la política de la injerencia de los políticos formales?

El marxismo o la teoría de las revoluciones nos acostumbraron a pensar en cambios rápidos. Pero todos estos cambios rápidos, vemos ahora, décadas más tarde, fueron aparentes. Porque no se puede seguir pensando que en Rusia existió el socialismo. Ni que en China era muy proletario el régimen de Mao. Los que hemos sido testigos directos de la tragedia de la URSS sabemos hoy con toda claridad que la burocracia fue durante muchos años la principal beneficiaria del régimen de economía planificada, y que hacía muchas décadas que el marxismo no era sino una camiseta ideológica que pretendía seguir vistiendo esa burocracia para legitimar su dominio. Tal y como el Partido Revolucionario Institucional o sus sucedáneos, utilizan en México la camiseta de la Revolución, o sus postulados a favor de las mayorías o los pobres, para tratar de dar legitimidad a sus gobiernos.

Los partidos buscan el poder político del estado actual. No buscan sustituirlo.

Ni el PRD, ni Morena, ni Movimiento Ciudadano, ni el supuesto Partido del Trabajo. Lo que requieren los ciudadanos libres es su autogobierno. Los partidos participan en procesos electorales o de cualquier otro tipo buscando clientes o adherentes a sus planteamientos, pero no incorporan a la sociedad o los ciudadanos a nuevas estructuras del estado. Los partidos no cambian al estado. Los ciudadanos requieren una nueva organización estatal, pero no centralizada, ni conformada por los representantes de los partidos; sino de dimensiones locales, donde la asamblea pueda controlarlo. En cierto sentido la autogestión de una escuela o de un ejido, o de una cooperativa, puede ser el antecedente de la autogestión municipal. Los partidos funcionan sobre la base de ideología. Los ciudadanos deben funcionar sobre la base de principios y valores para encontrar horizontes a sus intereses. Principios que se cimientan en la dignidad del hombre, como lo han planteado los zapatistas, pero que más allá, se orienten a crear relaciones de trabajo y de convivencia transparentes y solidarias.

¿En qué consiste entonces la propuesta política de la autogestión, que podríamos postular como camino para restituir la dignidad y eficacia de la política?

En construir el poder popular, y no en construir más partidos o mantenerlos. Pero el poder de un carácter más poderoso que el de la fuerza física, un poder que no nace de un fusil, como decía Mao; sino del dominio total sobre nuestra propia vida, que comienza por la producción y la satisfacción de las necesidades. Se trata de arrebatar, paulatinamente, el control de los alimentos, el vestido, la vivienda, al estado y a las corporaciones, para que sean los grupos solidarios quienes ejerzan su autoridad y su hegemonía sobre la satisfacción de las necesidades.

Habrà quien piense que no es posible. Y eso es precisamente lo más importante, pues no escribo para proponerles una nueva utopía, sino para seguir el ejemplo de lo que ya han hecho algunas organizaciones. Ahí está la Tosepan Titataniske, la cooperativa de la Sierra Occidental de México; ahí está la UCIRI en Oaxaca, como ejemplo cooperativo en el Sur de México; ahí está la UNIPRO, ese organismo que agrupa a menonitas y habitantes locales en una simbiosis de trabajo solidario, como ejemplo cooperativo moderno en el norte de México. Tres ejemplos para ilustrar con casos específicos cómo los grupos sociales han triunfado, no como islas en medio de un mar capitalista, sino

como el germen que cundirá en todas partes y disolverá al estado capitalista actual. En un proceso de degradación y deterioro de la economía y las instituciones actuales.

Los indígenas de la Tosepan comenzaron siendo veinte personas que se reunían para comprar azúcar, y tres décadas más tarde son ya más de cincuenta mil personas que producen todo lo que consumen, además de vender en el mercado mundial productos orgánicos. Los campesinos de UCIRI producen también sus alimentos, generan empleos para toda su gente, y colocan café en el mercado mundial. Los agricultores de UNIPRO constituyen el núcleo más productivo y competitivo del país, han levantado las tierras más fértiles en lo que fuera un desierto, y han diversificado su producción hasta industrializar el campo. Sin que dejen de tener problemas y sin que su mención quiera decir que no vemos defectos en su proceder y economía.

Pero además de esos ejemplos de carácter económico, tenemos los ejemplos políticos. En primer lugar, el de las policías comunitarias que llenan el hueco de poder abandonado por el Estado Nacional. En segundo lugar, los caracoles o el gobierno local de los zapatistas. Y en tercer lugar las autodefensas. Lo que quiero decir es que la autogestión es una realidad en curso, con ejemplos vivos que han demostrado ser efectivos. Aunque experimenten reveses o el Estado los golpee. Y no estoy citando casos de otros países, que también los hay. Estoy mencionando lugares y organizaciones que constituyen ejemplos de autogestión.

Se trata pues de construir un poder local en todas partes, y de levantar una sociedad autogestionaria que disuelva al estado actual

Construir una economía democrática es el fundamento de una sociedad democrática. Pero es correcto preguntarse cómo se une lo que sólo es local. Y también es indispensable entender cómo de un estado centralista se transita a un estado federado. Cómo se organiza una nueva economía compuesta de miles de unidades autogestivas. Y entonces es cuando aparece, cuando viene a propósito, el gobierno de coalición. El gobierno de coalición no es una estrategia electoral, ni constituye una estrategia para ganar elecciones. Más bien al contrario, se caracteriza por un método que impide que alguien en lo particular pueda ganar o capitalizar una hegemonía, y le abre a la coalición gobernante un camino de largo plazo, definido por intereses generales.

El gobierno de coalición es una estrategia de construcción de un nuevo poder. Primero a nivel municipal, donde ha de conjuntar la diversidad de una manera complementaria. Es un procedimiento ascendente de organización del Estado. Un estado que debe organizarse a partir de cada cantón, cada municipio, cada departamento, cada provincia. Pero es también un procedimiento para terminar con las hegemonías y empezar por un gobierno de todas las fuerzas contendientes y participantes en cada ámbito o lugar. Primero local, luego regional o estatal, hasta ascender al gobierno nacional, de todos los que aceptan construir un nuevo Estado.

Es también un procedimiento para terminar con las hegemonías y empezar por un gobierno de todas las fuerzas contendientes que aceptan que el Estado actual no cambia ni supera los problemas, empezando por la salud, y comprendiendo el empleo, la alimentación, la educación y la ley.

El punto de partida de los coaligados es precisamente la aceptación de poner los intereses de todos por encima de sus intereses de partido, de corto plazo o de doctrina. Pero entender un gobierno de coalición implica, también, haber caracterizado una situación política en la que su método y su *modus operandi* permiten superar los problemas de la gobernanza y la gobernabilidad que los gobiernos de partido y de ideología han generado.

El gobierno de coalición, además, no se cimienta en un propósito político coyuntural o de corto plazo, sino que cambia el carácter y objeto mismo de la política y traslada el fundamento de acuerdos y programas al terreno de la viabilidad y proyección a largo plazo. En los gobiernos de partido es la mayoría relativa la que legitima el ejercicio de gobierno y la formación del equipo de la administración pública. Frágil argumento o razón para garantizar consensos, y efímero si además la sociedad ha madurado y la oposición múltiple ejerce la crítica y disecciona la parcialidad de los actos de poder.

Hoy nadie explica por qué se han vuelto corruptos los gobiernos que se originaron en la izquierda, nadie explica por qué las esperanzas pueden revitalizar el papel del PRI. Todas estas respuestas enumeradas o planteamientos aparentemente opuestos constituyen el resultado de abordar el tema o partir de las apariencias, o del aspecto externo de la realidad social. Y de lo que se trata es de ir al fondo. Ahí comienza la autogestión. Tampoco hemos llegado a una claridad sobre cómo



se formulan programas de gobierno y políticas públicas que traigan mejoría para todos en la situación que vive la economía global. La discusión sobre estos temas parece seguir encerrada en paradigmas ideológicos. No vemos tampoco que se hayan esclarecido los procedimientos para reconstruir consensos o conseguir una mayor participación ciudadana.

Plantear un camino inédito, distinto a los gobiernos unipartidistas o pluripartidistas es el camino, pero también distinto al de una alianza electoral o de gobierno. Ese camino debe entonces conducirnos a una suma distinta de esfuerzos, que no de manera mecánica, porque el adversario no es ninguna de las fuerzas que hasta ahora han contendido, sino los problemas que ninguno ha podido ni sortear ni resolver.

Frente a tales problemas, los que plantean la coalición, aceptan poner sus visiones y propuestas sobre la mesa, pero no para hacer intercambio de intereses, ni para canjear cotos de poder o cargos con las otras fuerzas políticas, sino para realizar un ejercicio de reflexión estratégica, abierto a todos, en donde se diseñe un camino que deje atrás los intereses de cada corriente política, y defina soluciones y un camino que responda a las prioridades nacionales. Eso es plantear la autogestión del Estado.

La coalición es ante los intereses nacionales. No a partir de los intereses de partido. Por ello el gobierno de coalición no es un gobierno de los partidos, sino un gobierno que los trasciende y supera. Es un intento por ejercer la autogestión de las fuerzas políticas.

Perder de vista que el objetivo de la política es resolver problemas y servir a la ciudadanía es perder de vista el origen de la política como acción consciente que busca el perfeccionamiento o renovación de la sociedad y sus instituciones.

Cuando los partidos ven el poder como un objetivo final entonces se hacen

a un lado los instrumentos con los que pueden corregirse las imperfecciones de la ley, o superarse los problemas de la economía. El poder adquiere entonces una condición extrapolada, y asume una dimensión propia, situada en el más allá del servicio público o del compromiso con la sociedad. Y los partidos empiezan a buscar el poder para cumplir con el apetito egoísta de colocar a sus hombres por encima y más allá de los ciudadanos.

El poder parece ser el fin, y la política queda reducida al registro legal y al derecho que se confiere a una elite para colocar en el poder a quienes tienen más apetito y más interés.

Los partidos están sucumbiendo a la ambición y al egoísmo de sus militantes, como consecuencia de una escasa formación ética, y como resultado de un bombardeo de la ideología mercantilista.

Se ha educado a las últimas generaciones en un apetito de posesión y en una búsqueda de propiedad. Como si el mucho disfrutar de las posesiones fuera el imperativo de los seres humanos, y como si la propiedad de bienes y dinero fueran la forma de alcanzar la plenitud y la realización personal. Ser exitoso es hoy ser competitivo. Competitivo para derrotar a todos los que puedan ocupar un lugar al que se aspira.

Es la conversión del servicio por la venta de las oportunidades. Y el abandono del bien común, o el interés colectivo, en aras de una gloria repartida entre las élites y unos cuantos potentados.

La sociedad no buscó ni diseñó esta situación. Han sido los grandes intereses los que introdujeron sus valores en todas las esferas de la vida social. Antes, el político tenía que demostrar su condición de tribuno, de representante popular, de aportaciones o realizaciones a favor de sus conciudadanos. Hoy, los mercadólogos fabrican candidatos con atributos tomados de la publicidad y con virtudes atribuidas, pero inexistentes, que sugie-

ren éxito, fuerza, decisión, arrastre, temeridad, osadía, atrevimiento; pero que en ningún momento recuerdan compromiso, abnegación, entrega, desinterés, altruismo o vocación alguna. Nos llenamos así con imágenes de “triunfadores” fabricados por la mercadotecnia, que carecen de diagnóstico ante las necesidades, pero que manejan discursos grandilocuentes que sugieren el avance, la modernidad, el acceso al glamour, la seducción, o el encanto. Pero que no muestran consistencia, ideas, propuestas o conocimiento.

Quienes creen todavía en la posibilidad de la democracia, deben luchar contra el poder de los individuos que se enseñorean en los partidos, como si fueran su instrumento y su camino hacia el poder personal. No debe haber más poder que el que permitan los principios. Y no debe haber más principios que aquellos que representen lo mejor de la gente. Ayuda mutua, esfuerzo como camino para alcanzar nuestros objetivos, compromiso para recorrer todo el trecho de trabajo necesario, deberes para tener derechos, ingresos sólo bien habidos, tanta riqueza como el esfuerzo y el mérito permitan, y tanta medida como la escasez y la necesidad obliguen. Nada para uno si va contra el bien común. Sin esta batalla la política será botín y rapiña. Y quedará reducida a un ejercicio de quienes gobiernen para despojarnos de bienes, de dignidad y de destino.

Si el estado prosigue o se pliega ante esta inercia y pérdida de identidad, la sociedad está perdida. Si nadie expresa su inconformidad y protesta, la sociedad sólo podrá incendiarse en Consejos Populares y en Atencos que reclamen la dignidad devaluada. Si el ciudadano solo respinga y no procura otros caminos de nueva dignidad y sobrio consenso, nadie habrá de responderle o reconocer sus derechos. Pobre país, donde el camino a la dignidad sólo se vuelve rebeldía y cárcel.

Los hombres libres, los que no aspiran a la propiedad del poder, sino al servicio de sus conciudadanos, son la esperanza de que esto no termine por sepultar el signo de la democracia y erigir como fin último al becerro de oro de las ambiciones egoístas y las ilusiones.

Tenemos ejemplos de política en todos los países y en distintos momentos de la historia. Pericles, Confucio, Mahoma, Laotse, Matkara Hatshetsup, Francisco de Tembleque, Morelos. Pero, ¿qué enseñaron todos estos hombres? ¿Qué clase de ciudadanos eran los que construyeron la Atenas de Pericles, la China de Confucio y la República de España? Eran hombres

educados en el servicio a los demás, en la responsabilidad colectiva, en la solidaridad y la coordinación de esfuerzos. Eran ciudadanos preocupados por la justicia y el cimiento de las leyes en la protección de los necesitados, la subsidiariedad hacia los débiles y la limitación de los fuertes y poderosos.

Los ciudadanos libres que han vivido el esplendor de la civilización no han sido los dueños de la tecnología de punta, ni los más competitivos, sino los dueños de la medida, los artifices de la proporción y los amigos de la temperancia. No los más dispuestos a la fuerza, sino los más hábiles en la convivencia plural y la suma de la diversidad.

Porque la civilización no ha construido sus ejemplos más perdurables en los periodos de la concentración, sino en los momentos de convergencia en los que todos ponen y todos ceden. Y porque levantar una cultura y el progreso de las naciones no es el privilegio de la fuerza que somete a los pueblos débiles, sino el logro de las doctrinas que concitan la unidad y conjugan la visión de muchos para diseñar caminos.

Los latinoamericanos, o acaso habría de decirse los latinolusitanos de América, tenemos una vocación colectiva, con hondas raíces de respeto y devoción por la naturaleza. No nos sentimos reyes de la creación, sino modesta parte de la armonía del cosmos. No traemos en el corazón el derecho romano que nos lleve a lanzar a los leones a nuestros esclavos, sino el derecho indígena que nos tiene presente el compromiso con los otros.

Los latinoamericanos no estamos acostumbrados a tirar el bosque para convertirlo en dólares, porque preferimos escuchar el canto del baobab en la copa de la ceiba y creemos en la purificación del aire, antes que en el respiro de la bolsa. Los latinolusitanos no ponemos por delante de nuestro buen vivir el consumo del día. No cambiamos una cerveza en la tertulia por una hora más de ocho dólares.

Nosotros, aquí, en los pueblos de América Latina, apreciamos mucho más el ser que nos distingue, que el tener que nos obnubila. Y como tales, queremos un mundo donde todos convivamos, más que un mundo donde unos cuantos sigan acumulando.

Por todas estas razones, nos resultan ajenos los políticos que quieren consolidar el poder como una forma de la propiedad y la acumulación. Y por todas estas razones queremos devolverle a la política el signo de una actividad a favor

de una mejor convivencia y un bienestar compartido.

No queremos un crecimiento que lo único en lo que se traduce es en índices que nos comparan con el mundo decadente, y que solo disfrutaban los dueños y señores del tener. Preferimos un camino donde muchos –y acaso todos– podamos ser más ciudadanos, más solidarios, más fraternales y felices.

No queremos candidatos del mundo de la fuerza, de la visión del consumismo o del dinero. Queremos candidatos grandes en principios, profundos en su compromiso de servicio y probados en su fortaleza moral.

El estado ha dejado de representar al pacto social, y la ley ha dejado de buscar el estado de derecho; hoy los órganos del estado están al servicio de los grandes intereses y la ley no es más que una máscara para la imposición de los mismos.

La institucionalidad se trocó en ritual y simulación. Desde el momento que la ley se empezó a aplicar al mejor postor y no a quien debía recibir la protección legal, los funcionarios pasaron a representar los grandes intereses y abandonaron el Estado de derecho. La ley se había creado como una formalización del pacto y el consenso, pero hoy se aplica con severidad para proteger al capital, y se es completamente omiso cuando el proceder privado afecta los intereses generales.

Los partidos no representan a la ciudadanía, ni sus acciones reflejan el interés de la sociedad. Los partidos no son más que un instrumento al servicio de los grandes intereses que se disputan la conducción y el usufructo del excedente y la riqueza de todos.

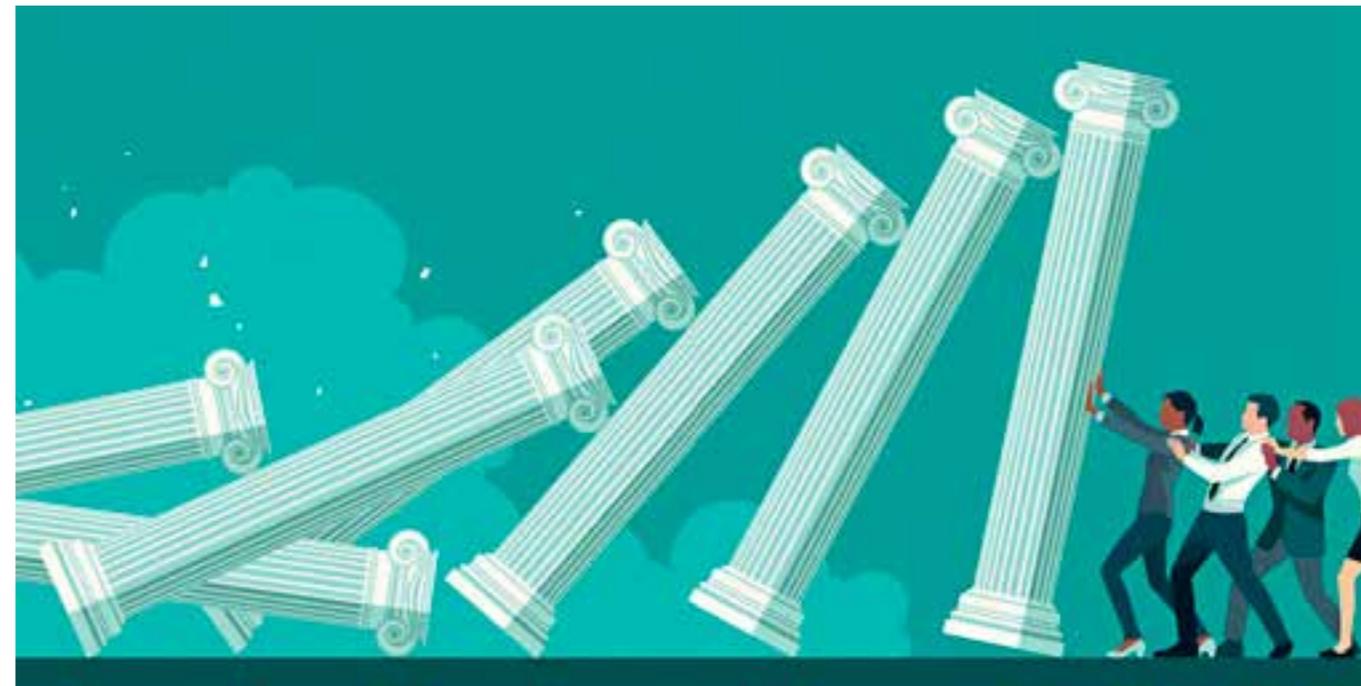
Si la sociedad se salva será porque los ciudadanos decidan ejercer una participación consciente, y porque generen formas de participación colectiva que acoten a los partidos y sustituyan el poder del dinero y los grandes capitales con nuevas estructuras de gobierno y con una puesta al día del derecho.

Se trata de construir un nuevo Estado. Y de ir definiendo cuál será su nueva ley. Sin los que hoy son jueces, y sin los que hoy se ostentan como autoridad. Porque la única autoridad viene, en última instancia, del pueblo mismo. Esa ciudadanía en movimiento y realizando actos de poder, no necesita de ningún partido. Es simplemente el pueblo.

* *Comisario de la Asociación Civil Sobrevivientes de la Guerra Sucia.*

Herencia grecorromana en la política liberal del siglo XXI

Alma Beatriz Navarro



Tijuana. - En el siglo XXI ha primado la pluralidad, sobre todo en democracias liberales de masas. Ello no significa que sea lo mejor que pueda suceder, si bien es cierto después de la ola de la democratización, la proliferación de conceptos recién adoptados en América Latina, se volvieron vitales para los discursos políticos, siendo común leer o escuchar palabras claves como “ciudadanos”, “derechos”, “políticas”, “participación”, “inclusión”, entre otras, para el logro de las victorias electorales, o en los diseños de planes o proyectos. Sin embargo, en la vida real ha resultado muy cuestionable para los gobiernos en turno cumplir con ello y transitar de lo abstracto a lo práctico, tal como sucede con los indicadores de derechos políticos y derechos civiles de la democracia. Y pese a ello no estoy buscando defender los modelos dictatoriales o con rasgos autoritarios, simplemente iniciar el debate relacionado con que la política, viniendo de cualquier ideología, puede tener las mismas debilidades.

No obstante, si nos preguntamos: ¿la política ha sido exitosa o ha sido un

fracaso?, quizá lo primero sería aclarar “política” en qué sentido nos lo estamos preguntando, ya que desde su definición etimológica nos refiere a la idea de *polis*, igual a ciudad. Siendo más específicos, alude al arte social y al arte de las cosas del Estado; es por ello que al preguntarnos: ¿por qué falla la política?, debemos asumir que esa falla es una falla general desde la construcción de la idea del Estado.

Sin embargo, nos interesa más emprender el camino hacia la política pragmática, en la cual nos surge la siguiente pregunta: ¿por qué fracasan las políticas? Posiblemente no tengamos una única respuesta, pero me atrevo a asumir que es algo tanto extremada como exóticamente sencillo, decir que ha sido “la falta de voluntad” de los encargados temporales de las políticas. Si bien es cierto, se lee un poco ridículo y también demasiado desligado de las responsabilidades estatales de los gobiernos en turno. Por otro lado, se debe de tener en cuenta que para participar en la política dentro del sistema, no necesariamente se debe de estudiar 4 a 5 años en un programa

formal de licenciatura, pues las agencias de gobiernos están llenas de personal que no necesariamente tiene una educación formal con ese perfil, siendo que se encuentra dividido entre el personal que proviene de un partido político formado posiblemente con algunos cursos desde el interior del partido (en el mejor de los escenarios) y por otro lado con personal que no tiene estudios profesionales. Aunque cada vez son más los políticos que buscan tener una preparación en algún área de su interés, aún se carece de un servicio profesional (eficiente) de carrera que busque la profesionalización legítima del personal que labora en áreas administrativas del sector público, por lo que son estos grupos de personas quienes le dan vida a los procesos administrativos resultado de las políticas definidas desde esferas superiores.

Dicha voluntad no sólo es adherida a los gobiernos en turno; habría que preguntarnos: ¿qué tanta responsabilidad tienen las sociedades votantes?; sería muy injusto culpar de todo a las agencias. Si bien sabemos que la primera política fallida ha sido las mismas elecciones,

al menos para el caso de México; es decir, tenemos un sistema democrático, fundamentado en la legitimación constante de los procesos electorales, con grandes entropías que son cuestionadas constantemente por los diversos actores que juegan en el tablero de ajedrez, pero que como órgano autónomo siempre sostiene elementos de supervivencia, para dar valía al régimen democrático y sostener los cambios pacíficos de poder. Esto no es otra cosa que la búsqueda constante de la implementación de una política, que en el periodo actual se encuentra en un examen de conciencia social.

En este sentido, al hablar de política es casi obligatorio recordar a Aristóteles, bajo la premisa de asumir que la política de su época sigue siendo la misma de nuestra época, si bien es cierto que las formas han cambiado la esencia de la política y su propósito sigue siendo el mismo. Por lo que vale la pena hacer unas puntuaciones referente a las antiguas polis griegas, con el ánimo de derrumbar el velo de la ideal democracia griega y no seguir cayendo en los errores del pasado aspiracionista de un sistema plagado de desequilibrios sociales en la búsqueda del mantenimiento de los siempre existentes grupos elitistas en el poder.

Pues bien, algo que debemos recordar y no olvidar es que la democracia griega o las democracias de las polis era democracias esclavistas, que se sustentaban y argumentaban bajo la sombra de un sistema de clases en la desposesión de sí mismos de los individuos de grupos de masas desafortunadas. Desposeyéndolas de su valor intrínseco como seres vivientes, mismos que al ser considerados como animales o como simples instrumentos, su existencia estaba condicionada a la voluntad de los pocos ciudadanos (que sí poseían privilegios, por no llamarlos derechos). En este sentido, lo que el siglo XX y XXI ha tomado como modelo a seguir para explicar la ola de la democratización, ha tenido como fundamentos argumentativos las bases de la antigua democracia, que no ha sido más que una falacia a gran escala, contribuyendo a la confusión de las masas y que en la búsqueda de la obtención de derechos (por no llamarlo privilegios) ha sucumbido a la tentación de creer que la democracia es la mejor forma de hacer política; peor aun, creer (como acto de fe) que ésta, en tanto que una política idónea, sería la solución a las complejidades sociales que se experimentan en la actualidad.

No intento demeritar el trabajo del

filósofo político Aristóteles (a pesar del gran esfuerzo por idealizar sus enseñanzas esclavistas), pero lo que sí intento es que no aspiremos como sociedades del siglo XXI a explicar una realidad que vivimos basada en aspectos que no estamos experimentando. En primer lugar, porque la organización social de las antiguas polis distan demasiado de contener similitudes con las nuestras, tanto en los aspectos económicos, sociales, culturales, como en los religiosos; y en segundo lugar, porque el progresismo que ahora experimentamos podríamos atribuirlo a Platón, como su principal precursor, que incomprendido en su época hoy quizá sería el filósofo de moda, ya que como se sabe defendía los principios que actualmente se conocen como indicadores civiles y que apoyan a las democracias liberales de masas. Pues bien, la historia nos dice que los griegos fueron superados por los romanos, no sólo por la forma de hacer política, sino también por tener mayores alcances y recursos de guerra, con lo cual les fue más fácil destronar a los griegos, los que no tuvieron más opción que rendirse.

Es así que la política que fracasó con los griegos, fue la antesala de la derrota posterior de los romanos; ¿pero qué política practicaban los romanos? Se puede decir que la mayor victoria de los romanos se encuentra en el campo disciplinario del derecho, tan es así que en pleno siglo XXI, se sigue estudiando en casi todas las universidades del mundo el Derecho Romano. Entonces, ¿cómo fue la política de los romanos? Durante los siglos II y I a.C. la sociedad esclavista de los romanos tuvo su mayor desarrollo. A continuación algunas ideas relativo a los hechos que marcaron la política romana y que a la fecha se siguen practicando.

Consideraciones para interpretar los ideales democráticos en la praxis del siglo XXI

¿Estamos persiguiendo ideales democráticos sin ser una democracia, confundiendo los estándares de calidad de los regímenes ideológicos, a partir de la búsqueda en la construcción de un Estado liberal? Sin embargo el problema es añejo, podemos citar el caso de los romanos en el siglo II a. C., donde el poder era ilimitado para los emperadores, quienes eran superados y no respondían a las capacidades organizacionales que tenían las ciudades-estado de la época, obligándolos a concebirse propiamente como imperios esclavistas para su propio mantenimiento. A esta situación se le añade más drama y situaciones complejas al re-

cordar la clásica frase “*Divide et imperia*”, la cual ha sido al parecer la única lección aprendida por la política a nivel global; luego entonces deberíamos atribuirle a los romanos el ser precursores de la globalización con esta frase, aunque no es lo ideal (y seguramente Platón no lo apoyaría); ciertamente los matices y rasgos que se han seguido implementando en democracias incipientes como la nuestra (la mexicana) contienen elementos que nos sugieren prácticas retrógradas y que en gran medida ofende la inteligencia y conciencia colectiva.

Por ejemplo, el hecho de que se continúe con “la política de la limosna”, que consistía en que aquellos que iban a contender por un cargo público proveían de diversiones gratuitas para asegurarse de mayores votos; está de más citar ejemplos mexicanos, porque como bien sabemos, está plagado de ellos principalmente en época de campaña electoral y/o cuando se acerca el fin de un periodo de gobierno, fenómeno mayormente visible sobre todo en administraciones locales, que es donde se tiene más capacidad de control por parte del gobernante en turno.

Otro caso que sirve de ejemplo, es el de los luchadores sociales por la búsqueda del bien común, que tampoco son nuevos. Tal fue el caso de los “hermanos Graco”, quienes lograron una distribución gratuita de los terrenos en Roma, en detrimento de los privilegiados, lo cual posteriormente les costó la vida, al hacerse de enemigos poderosos. Este hecho histórico parece repetirse con algún grupo de interés opuesto al gobierno, a los empresarios, o grupos pudientes que parecen reacios a cualquier tipo de política social, o que suene a populismo. Aunque el populismo ha sido un instrumento base de los partidos políticos en campaña; la otra realidad a este fenómeno es que se requieren medidas populistas para hacer frente a los desafíos económicos y desigualdades en el acceso a los recursos; negar esto, sería negar la existencia de instituciones internacionales que financian a América Latina (México obviamente incluido), cuyo propósito principal es sanear la distribución de recursos.

Continuando con los ejemplos, tenemos la política fallida de imitar a las monarquías helenistas; cada que se acercan los periodos electorales para gubernaturas en México, surgen los autoproclamados líderes políticos, autovendándose como la panacea a todos los problemas locales y con alcances nacionales. Si bien

es cierto que para hacerse de una carrera política es necesario y se acostumbra ir subiendo escalón por escalón, también es cierto que para el caso mexicano, durante su periodo hegemónico sólo había una opción de hacer una carrera política, cuyo partido único con poder real, actualmente ha terminado fraccionado desde el interior. La otra cara de la moneda es que en el presente juego de ajedrez, los autolíderes políticos no son otra cosa que individuos que aprovechan un momento de oportunidad, así como sucedió con la derrota del feudalismo en Europa, que dio eclosión a las monarquías para el nacimiento del periodo del Estado Moderno; no obstante, es demasiado arrogante y ambicioso comparar la política mexicana con ese momento histórico europeo.

Continuando con la comparativa romana de políticas fallidas, tenemos también la herencia romana del fuero; sin embargo, hay que hacer una aclaración, ya que para los romanos únicamente contaban con este privilegio mientras estaban en posesión del cargo, cosa que sabemos muy bien que en el caso mexicano no ha sucedido de esa manera, con los fueros vitalicios de algunos cargos. No obstante, hay un ideal que ha sido datado desde Cicerón y que se refiere a la búsqueda de la justicia. Éste decía: “que no existía donde el poder se basaba en arbitrariedad y violencia”, ya que al llegar al poder los actos de los políticos se contradecían con sus argumentos, situación que ha sobrevivido a los siglos y a la globalización. Aun cuando el esplendor de los romanos y los griegos llegó a su fin con el declive de las Ciudades-Estados, dando nacimiento a los imperios que no nos heredaron tanto como los romanos y los griegos para base de futuras culturas, lo cierto es que en el actual siglo XXI, con el establecimiento del Estado Liberal, ha sido el proyecto de organización que contiene los rasgos más criticables de los modelos que le siguieron, siendo el feudalismo y las monarquías las formas de organización de donde se adoptaron elementos para el surgimiento, establecimiento y mantenimiento de élites políticas que permanecen en el poder de forma hereditaria, pese a los procesos electorales de las democracias liberales de masas (véase “La clase política”, de Gaetano Mosca, o a Sartori).

En este sentido, es imperante destacar cuatro cosas: la primera, que si nos preguntamos por qué falla la política, en cualquier sistema, antes que nada debemos conocer ¿cuál ha sido su pro-

ceso evolutivo estatal?; es decir, ¿por qué formas o intentos de formas de organización política ha transitado? Si pensamos en México, sabemos que básicamente ha experimentado desde sociedades segmentadas que aún coexisten a través de algunos grupos étnicos, así como el experimento fallido monárquico que se tuvo por diferentes fuerzas políticas extranjeras. Dichos antecedentes condujeron a la creación de la élite política mexicana, posteriormente conocida con argumentaciones tecnócratas-científicas, como el surgimiento del sistema político mexicano, el que todavía goza de privilegios por encima de las masas gobernadas. Basta con hacer un recuento de los apellidos de actores políticos de la etapa revolucionaria y constatar que a la fecha se mantienen en dichas posiciones para hacer notar que esa élite sigue viva bajo el principio de la herencia política. Pero como no es mi propósito exponer a nadie, dejo a libre consulta a quien desee abundar sobre ello.

Y continuando con los ejemplos de la herencia romana y griega de democracia esclavista, otro principio que se aplicó, fue el de la *no participación de la mujer en la política*. Como sabemos en el caso de México, el sistema electoral permitió la participación de la mujer con el sufragio a mediados del siglo pasado, fenómeno que ha sido parte de un proceso de mayor apertura para el establecimiento a marchas forzadas de un sistema democrático; sin embargo, la participación de la mujer, aunque ya se expresa en múltiples actos y momentos políticos, persisten en nuestra cultura las prácticas no progresistas.

Segundo, ¿por qué ha fallado? Si bien es cierto que un requisito para que sea válido un sistema democrático es la *apertura a las múltiples opiniones*, un fenómeno global de las sociedades liberales o regímenes democráticos es la excesiva necesidad de expresarse de manera inependiente, incluso dentro de las mismas estructuras de gobierno. Es decir, si tomamos como ejemplo lo sucedido recientemente con la pandemia del COVID-19, se dio un surgimiento de múltiples grupos de expertos en medicina, en biología, y en todo lo relacionado con temas de la salud, que en varios gobiernos (países), se tuvieron que prohibir fuentes de información si estas no provenían de las fuentes oficiales, provocando un fenómeno de desinformación o exceso de información. A esto se le conoce en la cultura política como el hecho de que en la ausencia de un líder, se presente una

crisis de legitimidad. Básicamente tiene una justificación con el hecho de que los mismos gobiernos sean percibidos bajo el estandarte de baja credibilidad que les inspira a su población gobernante, creando con ello la crisis de legitimidad.

Tercero, muy *ad hoc* para el caso de México, es que si nos cuestionamos sobre la política y sus posibles fracasos, el clásico de clásicos es *la necesidad de salir en la foto* de los políticos y no de tener acciones tangibles o que incrementen la legitimidad a través de una sensación de calidad en actos de gobierno, siendo la demagogia lo que prevalece sobre la razón, o el sentido común de las necesidades sociales para el bien común.

Cuarto. *La política de no saber hacer política*. Algo muy común que sucede en el caso mexicano es (posiblemente sea algo replicable en modelos similares) cuando las elecciones terminan, que viene la carrera política por los puestos de gabinete, y aunque se han hecho válidos los equipos de transición, lo cierto es que más que una transición pacífica que permite el cambio de poder sin llevar a un movimiento micro belicoso, lo que sistemáticamente observamos son los ataques periodísticos dirigidos por los mismos grupos políticos, ya sean los de entrada o los de salida. Dicho fenómeno está alineado con las posibilidades que proveen los regímenes democráticos a diferentes grupos de expresarse por los medios disponibles, o con la creación de disponibilidad de medios, lo cual sucede porque en ausencia de un legítimo líder, todos quieren ser líder. Aunque como sabemos el concepto de líder obedece a modelos no democráticos. ¡Y qué mejor ejemplo de líder de un régimen democrático (risas) que el de Rusia!, de quien sabemos que su actual mandatario lleva más años en el poder que cualquier líder democrático; por lo tanto, la idea de líder en la política, si la queremos asociar con democracia, estamos cometiendo un error pragmático, basta con hacer una pausa y observar que el líder ruso gusta con hacer amistad política particularmente con algunos países de América Latina.

Deseo finalizar con la siguiente idea de que “las épocas de paz nunca son recordadas... posiblemente anheladas”, y sugiero que es lo que nos ha pasado con el ideal de la política.

* Universidad Autónoma de Baja California.

El caso de Bolivia

Jorge Majfud



Jacksonville, Florida.- El 11 de noviembre de 2019, en medio de protestas sociales y para evitar un baño de sangre, el presidente Evo Morales, sobreviviente de varios accidentes aéreos, tomó un avión rumbo a México. En la Universidad Mayor de San Andrés, algunos estudiantes pintaron en una de sus paredes: “Fuera indios de la UMSA”. A diez años del golpe de Estado apoyado por Washington en Honduras, la historia volvía a rimar, como a lo largo del siglo pasado, pero recurriendo a formas más sutiles de la manipulación mediática y narrativa.

El 15 de noviembre, la nueva presidenta de facto, Jeanine Áñez, decretó que todo miembro de las Fuerzas Armadas que participara en la represión de las manifestaciones estaría “exento de responsabilidad penal”. En el transcurso de siete días, once personas fueron masacradas y 120 quedaron malheridas en el poblado de Sacaba. Cuatro días después, en Senkata, otras once personas fueron asesinadas y 78 heridas en enfrentamientos con los efectivos policiales y militares. El acoso y los muertos de la nueva dictadura promovida por Washington y su secretaria, la OEA, continuaron en distintas partes del país, aunque con menos cobertura mediática. Aunque varios organismos denunciarán la represión y las masacres, el nuevo ministro de gobierno afirmará que los manifestantes se mata-

ron a sí mismos: a ningún represor se le ocurriría dispararle a alguien por la espalda con una pistola calibre 22.

En Bolivia, los indígenas siempre fueron una minoría con apenas el 60 por ciento de la población. Minoría en los diarios, en las universidades, en los colegios importantes, en el clero, en la política, en la televisión. Por siglos, la minoría para el mundo fue la mayoría invisible y explotada de su propio país. Desde tiempos de Franz Tamayo y desde mucho antes, los indios habían sido convenientemente acusados de borrachos, haraganes e insensibles, porque de ellos sólo se veían algunos pocos jornaleros los domingos, cuando malgastaban sus miserables salarios en alguna cantina de pueblo. El resto del tiempo lo pasaban bajo tierra.

En 2004, la representante de Bolivia al concurso Miss Universo, conocido por su racismo y machismo hegemónico, Gabriela Oviedo, había aclarado: “Desafortunadamente, la gente que no conoce mucho sobre Bolivia piensa que todos somos indios del lado Oeste del país... Es La Paz la imagen que refleja eso, gente pobre, gente de baja estatura y gente india... Yo soy del otro lado del país, del lado Este, que no es frío, es muy caliente; nosotros somos altos y somos gente blanca y sabemos inglés”. Pero como eso del racismo ya había caído en desgracia mucho antes, se lo había reemplazado con otras formas de discrimina-



ción, como los defectos de la cultura y la corrupción ajena. Dos años antes, en las elecciones de 2002, el embajador de Estados Unidos había hecho campaña electoral contra el candidato de los indios pobres: “los bolivianos —declaró— deben considerar seriamente las consecuencias de votar a líderes vinculados de alguna forma con el narcotráfico”. Todos sabían que no se refería al monopolio de la coca, impuesta por Coca-Cola en Perú para evitar la competencia y el aumento del precio de su ingrediente estrella, ni a la coca importada de Bolivia por la misma trasnacional. Tampoco se refería al principal productor de cocaína exportada ilegalmente a Estados Unidos, Colombia, país militarizado por Washington desde los años sesenta, ni a su presidente Álvaro Uribe (vinculado a los más poderosos carteles de la droga por los propios agentes y embajadores de Washington), sino al activista cocalero y candidato a la presidencia de Bolivia, Evo Morales. El Subsecretario de Estado para Asuntos del Hemisferio Occidental, el cubano Otto Reich, advierte al pueblo boliviano de que si se les ocurre elegir al indio sindicalista, la ayuda de Estados Unidos al país podría ser cancelada.

Por supuesto, Morales perdió las elecciones de 2002 y el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada fue electo para un segundo mandato por resolución del senado, debido a que el candidato más votado no alcanzó la mitad de todos los

votos emitidos. Como en diversos casos anteriores en América Latina, la elección de un protegido de Washington (es decir, de la oligarquía criolla y sus servidores) automáticamente significaba que el sistema democrático funcionaba de forma limpia y justa. Como la supuesta estabilidad a fuerza del silencio de los de abajo terminó un año después en un baño de sangre en las calles de La Paz, Sánchez fue reemplazado por su vicepresidente, Carlos Mesa. Poco después del triunfo de Evo Morales en las elecciones de diciembre de 2005, los tradicionales ganadores, ahora perdedores, propusieron un referéndum de autonomía para dividir el país en dos: de un lado los blancos ricos y del otro los indios pobres. Al Oriente, la Medialuna fértil, las llanuras de los grandes hacendados, y al Occidente las montañas de los campesinos pobres que habían votado por el indio Morales y su partido Movimiento al Socialismo. El problema fue que, aunque del lado de los blancos estaban las reservas de hidrocarburo, del lado de los indios quedaban los mayores recursos minerales del país, desde el cobre y el estaño hasta el 60 por ciento de las reservas mundiales de litio en Uyuni, mineral imprescindible en la elaboración de baterías para aparatos electrónicos de todo tipo que mueven el mundo en la Era digital. El referéndum se llevó a cabo en 2008, pero nunca tuvo valor constitucional.

Un pecado del presidente Evo Mo-

rales es ser indio, hablar como indio y haberse atrevido a abrirle las puertas a la población indígena (históricamente relegada a la inexistencia o a un valor inferior al de una vaca) al protagonismo en la política y la sociedad boliviana. Por la misma razón, de repente Washington y la oposición criolla se acordaron de la existencia de los indios en Bolivia. En 2011 un grupo indígena, los tipnis, organizaron diversas marchas y protestas contra el gobierno para evitar la construcción de una carretera a través de sus territorios. Aunque sus reclamos eran legítimos, grabaciones filtradas revelaron que los indígenas fueron usados e instigados por la embajada de Estados Unidos, a través de uno de sus oficiales y miembro de la USAID, Eliseo Abelo. Los documentos filtrados por *WikiLeaks* en 2011, confirmaron esta práctica de la Embajada. Abelo había coordinado las protestas por teléfono con el líder aimara Rafael Quispe y con el diputado Pedro Nuni. Semanas después, en respuesta a las protestas, el presidente Morales canceló el proyecto, con lo cual dejó a la oposición sin su última excusa. En 2013, la USAID fue expulsada de Bolivia y en 2014 de Ecuador, por las mismas razones. El recurso de Washington de apoyar secretamente a grupos indígenas contra gobiernos desobedientes tenía un antecedente en la Nicaragua de la Revolución sandinista y se repitió en el Ecuador del presidente Rafael Correa.

Otro pecado de Morales es, como en el resto de los países desobedientes, el haber logrado un enorme éxito social y económico a lo largo de toda su gestión, sin recurrir a la venta de soberanía nacional al FMI y a las poderosas transnacionales, que escribieron las leyes y la historia de América Latina en el último siglo. Todo lo contrario. Cuando Morales ganó las elecciones de 2005 con el 54 por ciento de los votos, los representantes del FMI y del Banco Mundial le preguntaron cuánto dinero necesitaba y, por respuesta, Morales les dijo “nada”. Les pidió que cerraran sus oficinas en el Banco Central de La Paz y logró la nacionalización de los recursos minerales, elevando los beneficios del Estado boliviano de un 15 por ciento a un 85 por ciento. El mismo presidente Morales, en la cumbre del G77 de 2014, explicó la lógica de la cláusula conocida como “En boca de pozo” que regía antes: la benevolente ley nacional establecía que los recursos del subsuelo eran de los bolivianos, pero solo en el subsuelo. Una vez que eran extraídos, el 85 por ciento pertenecía a las compañías internacionales. La nacionalización de los hidrocarburos fue otro pecado que cometería también el presidente Rafael Correa en Ecuador. Luego de cuarenta años de déficit fiscal, Bolivia comenzó a tener superávit, es decir, autonomía. Independencia. Demasiada. Intolerable. Inaceptable.

Ahora, la fuerza de los votos no es suficiente. Como escribió Theodore Roosevelt más de un siglo antes, “*la democracia de este siglo no necesita más justificación para su existencia que el simple hecho de que ha sido organizada para que la raza blanca se quede con las mejores tierras del Nuevo mundo*”. Washington y la tradicional clase dirigente boliviana han perdido la paciencia y se sacan al indio de encima. Semanas antes de las elecciones que servirán de excusa, diferentes grabaciones habían anunciado el complot desde Florida. Los documentos oficiales, como siempre, tardarán años en aparecer con algunos datos cubiertos por rectángulos negros. Desde los años setenta, como consecuencia de las múltiples confesiones de parte y de las investigaciones de varias comisiones en el Congreso de Estados Unidos, los servicios secretos y la inversión de Washington para manipular la política latinoamericana se han vuelto más herméticos. Los documentos referidos a este nuevo golpe de Estado tardarán muchos años en ser publicados, si ya no han sido quemados en una *burn bag*. ¿Por qué habrían de decirle toda la



verdad a los hijos de quienes están tratando de engañar a un costo de varios miles de millones de dólares?

Pero los signos son por demás familiares. Por ejemplo (y aunque ahora resulta casi imposible probarlo) la interrupción del conteo de votos durante veinte horas, hecho que disparó la sospecha sobre la posible manipulación de las elecciones por parte del gobierno, lleva la indeleble marca de la CIA. A lo largo de su historia, el servicio de inteligencia de Washington ha insistido, casi sin excepciones, con la estrategia de la falsa bandera, que además es una tradición angloamericana desde el siglo XIX. La secuencia suele ser la misma: 1) desacreditación de un gobierno popular e independentista; 2) inversión en propaganda en la prensa local, en instituciones nacionales e internacionales; 3) acusación de corrupción, fraude en alguna elección, deseos de “perpetuación en el poder” del líder indeseado, o de tendencias autoritarias del gobierno insumiso; 4) organización de manifestaciones populares, con frecuencia sangrientas; 5) coordinación con la clase criolla dirigente y con el ejército latinoamericano de turno “para poner orden”; y, finalmente, 6) un inevitable golpe de Estado que pase como “revolución libertadora”, o algo tan bonito llamado “restauración de la democracia”, o “recuperación de la libertad” y toda esa literatura popular que no surgió de los escenarios criollos donde se repetía, sino de las pulcras oficinas en Washington.

Tres semanas antes del golpe mediático-militar, el 21 de octubre, como en otros sabotajes en la Frontera sur, el senador por Florida, Marco Rubio, había

demostrado, una vez más, un conocimiento especial de la situación y se había apresurado a condenar como evidente fraude los resultados de las elecciones en Bolivia. De no haber existido esa interrupción de veinte horas en el conteo de votos durante la madrugada siguiente a las votaciones, el conteo hubiese seguido las variaciones previsible, según se iban reportando los datos en las áreas urbanas primero y en las rurales después, es decir, votos indígenas y abrumadoramente favorables al presidente Morales.

Días antes se habían filtrado a la prensa y a algunos correos personales 18 audios en los que se podían escuchar a los senadores estadounidenses Marco Rubio, Ted Cruz, Bob Menéndez (hijos de cubanos emigrados a Estados Unidos durante la dictadura de Fulgencio Batista), a varios bolivianos pertenecientes a la clase dirigente y algunos militares sobre los planes de un posible golpe de Estado en Bolivia, precedido por protestas callejeras y un atentado incendiario contra la embajada de Cuba. Entre otros involucrados, se encontraba el capitán Manfred Reyes Villa, alcalde de Cochabamba, varias veces derrotado en las elecciones presidenciales y asilado en Estados Unidos por corrupción y enriquecimiento ilícito, delitos que el candidato vende como persecución política desde Miami. Manfred Reyes Villa pertenece al partido militarista ADN fundado por el exdictador Hugo Bánzer (luego elegido presidente en el año 1997). Entre sus logros políticos se cuenta la privatización del agua en Cochabamba, firmada por el presidente Bánzer en 2000, en favor de las gigantes estadounidenses *Bechtel* y *Edison* y la es-

pañola *Abengoa*, todas bajo la sombrilla más criolla de *Aguas del Tunari*. Como resultado de esta conocida receta del FMI y del Consenso de Washington, las tarifas subieron un 300 por ciento, lo que derivó en el colapso de otros servicios y en la llamada “Guerra del agua”. El acuerdo fue suspendido cuando la crisis neoliberal hundió la economía boliviana, como lo había hecho con otros países de la región. Luego de esconderse en Miami de la justicia de su país, acusado de otras corrupciones menos legales, Reyes Villa regresará a Bolivia y será protegido por la dictadura encabezada por Jeanine Añez.

La doble vara en el continente es la vara que vale doble. En 2003 el presidente de Colombia, Álvaro Uribe (ampliamente vinculado al terrorismo paramilitar y al narcotráfico por la misma embajada de Estados Unidos, pero de todas formas un protegido incondicional de Washington), había fracasado en su referéndum para modificar la constitución que le impedía la reelección. Luego de amnistiar a 850 paramilitares acusados de terrorismo y de aumentar el déficit del gobierno en favor del gasto en el ejército, en 2004 logró que el Congreso introdujera una enmienda a la constitución de 1991. En 2005, varios miembros de la Corte Constitucional de Colombia se acusaron unos a otros de haber recibido coimas para votar en favor de la reforma constitucional, la cual fue aprobada para que Uribe pudiera presentarse a las elecciones de 2006. Pero la economía estaba mejorando y nadie quería arriesgarse con cuestiones morales. Uribe fue reelecto con un impresionante 62 por ciento de los votos y su popularidad aumentó, como siempre aumenta la popularidad de los ganadores.

Veamos sólo un caso más que confirman la regla. En 2017, debido a un discutido fallo de la Corte Suprema de Justicia de Honduras, el presidente conservador Juan Orlando Hernández había sido habilitado a presentarse a las elecciones de ese año. Durante el conteo que lideraba de forma cómoda el candidato de la oposición Salvador Nasralla, cuando ya se había escrutado el 60 por ciento de los votos, una interrupción del sistema le dio un triunfo mágico (según las matemáticas electorales) al candidato oficial, por el cual Hernández se convirtió en el primer presidente reelecto en su país, pese a la constitución de 1982. Nasralla era un político conservador demasiado a la izquierda para el gusto de Washington y de la oligarquía hondureña. Luego de



analizar los datos, *The Economist* y otros *think tank* liberal-conservadores, concluyeron que el cambio súbito en la tendencia luego de la interrupción era estadísticamente imposible. Por mucho menos, en 2009, por proponer un referéndum popular no vinculante sobre una posible reforma constitucional que podría derivar en la habilitación de un presidente a ser reelegido, el presidente hondureño de entonces, Manuel Zelaya, había sido secuestrado de su cama y llevado a Costa Rica por los militares patriotas. Enseguida, los golpistas afirmaron que no se trataba de un golpe de Estado, el que se justificó por una orden de arresto contra el presidente emitida por la Corte Suprema, que pretendía proteger la constitución de 1982, la que prohíbe cualquier reforma y reelección. Zelaya no había introducido ninguna reforma constitucional, sino apenas una consulta popular sobre la creación de una Asamblea Nacional Constituyente en las elecciones de noviembre de ese año donde él no sería ni podría ser candidato reelegible. La propuesta estaba amparada en el artículo 5 de la Ley de Participación Ciudadana de 2006, según la cual era posible realizar consultas populares no vinculantes sobre una gestión o una propuesta política. Pero Zelaya era otro político conservador que se había desviado demasiado, cultivando amistad y comercio con el presidente Hugo Chávez de Venezuela, Rafael Correa de Ecuador y Evo Morales de Bolivia. Como se supo con más claridad algún tiempo después, Washington apoyó ese golpe de 2009 en los hechos y desde su mega base militar de Soto Cano. De la misma forma y con la misma doble vara, apoyó la reelec-

ción fraudulenta de Hernández en 2017 y ahora apoya el nuevo golpe de Estado en Bolivia, todo con la ayuda y las rodillas al suelo del secretario de la OEA y de Washington, Luis Almagro.

Ahora, las elecciones en Bolivia son casi tan disputadas como las de Honduras, pero el ganador no es el preferido de Washington ni de su oligarquía, dueña de los países de la Frontera sur, la que decide cuándo y cómo vender su propiedad privada. Luego de escrutados más del ochenta por ciento de los votos, el presidente Evo Morales lleva una ventaja del siete por ciento sobre el candidato y expresidente Carlos Mesa (45 a 38 por ciento), pero una caída en el sistema informático interrumpe el conteo. Cuando se reanuda, la diferencia se amplía hasta el diez por ciento, mínimo necesario para evitar una segunda vuelta, y la OEA se apresura a condenar el dato como un “*drastic and hard-to-explain change in the trend*” (“*un cambio drástico de la tendencia, difícil de explicar*”).

Por esta razón, el presidente Morales invita a la OEA para que audite las elecciones en cuestión. La OEA encuentra irregularidades y concluye que, aunque el presidente Evo Morales ha ganado las elecciones, probablemente no lo ha hecho con el margen suficiente del diez por ciento para evitar una segunda vuelta. En base al “juicio técnico” de la OEA, Morales ofrece anular la diferencia del diez por ciento e ir a segunda vuelta. El general y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, promovido por el propio Morales (un patrón demasiado repetitivo en la Frontera salvaje), Williams Kaliman, rechaza esta oferta del presidente. Ahora, la oposición no quiere una segunda vuelta. Carlos Mesa ha obtenido muy pocos votos y Morales podría ganar de nuevo, por lo que, sin pelos en la lengua, se exige su renuncia. En las calles, aumentan las protestas. Morales concede aún más y ofrece anular las elecciones que acaba de ganar, con o sin interrupción, y volver a votar la primera ronda desde cero. Las protestas aumentan aún más.

No es necesario ser un genio para darse cuenta de que no son las elecciones lo que realmente importa. Lo que importa es sacarse al indio rebelde de encima. A Washington y a la oligarquía criolla le interesan los negocios y, sobre todo, mantener su poder de decisión y el monopolio narrativo de los últimos doscientos años. A los dueños del país los mueven los intereses de clase. A un buen margen de los blancos y mestizos

de clase media los mueve, como a la miss Bolivia en 2004, Gabriela Oviedo, el racismo endémico, a veces tan cándido y siempre tan funcional para los de arriba y para los de afuera. El 5 de octubre de 2019, la futura presidenta de facto, Jeanine Áñez Chávez, había publicado un tweet con una caricatura de Morales abrazando un sillón presidencial bajo el anuncio “Últimos Días”. La futura presidenta escribió: “Aferrado al poder el ‘pobre indio’”. Poco después, eliminó su tweet, pero WayBack Machine lo conservará por algunos años por venir. La futura presidenta de facto se tiñe el pelo de rubio, pero no puede ocultar sus antepasados bolivianos.

Momento preciso para el próximo movimiento. El general Williams Kaliman tiene nombre y apellido anglosajón y suena alemán, pero es indio como la mayoría de sus generales, que se fotografían haciendo el símbolo de la supremacía blanca con sus manos. La tradición de la elite alemana en Bolivia, de los criminales nazis enviados por la CIA y de los dictadores orgullosos de su linaje alemán, como Hugo Banzer en Bolivia o Stroessner en Paraguay, producen estas curiosidades. Como el general Porfirio Díaz (perdonado por Lerdo de Tejada por su intento de golpe de Estado contra Benito Juárez y expulsado de México por el mismo general), René Barrientos (general promovido por Víctor Paz Estenssoro en Bolivia), Augusto Pinochet (general promovido por Salvador Allende en Chile), Manuel Noriega (general promovido por Omar Torrijos en Panamá), Rafael Videla (general promovido por Isabel Perón en Argentina), Manini Ríos (general promovido por Tabaré Vázquez en Uruguay) y tantos otros, Williams Kaliman Romero es un general promovido por el presidente Evo Morales en Bolivia. Como todo ellos, como muchos más a lo largo del continente y de doscientos años de historia, el general Kaliman le clava un cuchillo en la espalda a su “hermano presidente”, como lo había llamado alguna vez mientras escalaba rangos militares. Ahora, ante las cámaras de televisión, el general Williams Kaliman declara: “Sugerimos al presidente del Estado que renuncie a su mandato presidencial, permitiendo la pacificación y mantenimiento de la estabilidad, todo por la unidad y el bien de nuestra Bolivia”. Por si la sugerencia de las Fuerzas Armadas no queda clara, también el comandante general de la Policía de Bolivia, Vladimir Yuri Calderón, le sugiere que renuncie. Las palabras “pacificación”, “estabili-

dad” y “unidad” resuenan como un eco trágico desde la larga y ancha historia de intervenciones en América Latina. En los últimos doscientos años, ningún general criollo se ha atrevido a decir en público estas palabras contra su propio presidente sin antes estar informado, confirmado y convencido del apoyo de Washington. Como bien lo había resumido en 1958 el por entonces senador y futuro presidente John F. Kennedy, “en América Latina, los ejércitos son las instituciones más importantes, por lo que es importante mantener lazos con ellos. El dinero que les enviamos es dinero tirado por el caño en un sentido estrictamente militar, pero es dinero invertido en un sentido político”. Por eso, en América Latina nunca hubo sugerencia más sagrada que la de los ejércitos. Los ejércitos criollos sugieren mejor que el pueblo. Para eso el pueblo paga sus salarios. No importan las protestas, no importan los votos. Lo que importa es lo que sugiere el ejército. En consecuencia, el presidente Morales renuncia. El golpe de Estado, como es la norma, ha sido planeado con tiempo y con cuidado, mucho antes de las elecciones que sirvieron de oportuna excusa. En decenas de reuniones, los militares, policías y hombres de iglesia mencionan la colaboración de los senadores estadounidenses Ted Cruz y Marco Rubio. La historia enseña que, en una conspiración de este tipo, lo que se sabe es sólo la punta del iceberg.

Morales se exilia en México. En seguida se suceden ataques a las casas de sus partidarios, a los sindicatos y a las universidades. El 7 de junio de 2020, una nueva investigación de la Tulane University y de la University of Pennsylvania concluirá que la auditoría y la conclusión apresurada de la OEA acerca del posible fraude en las elecciones de 2019 fueron infundadas y que, por el contrario, nunca existió indicio alguno de fraude por parte del ahora ex presidente Evo Morales. Con anterioridad, en 2019, el *Center for Economic and Policy Research* de Washington había publicado un estudio similar con la misma conclusión. El director de la OEA, el uruguayo Luis Almagro (hombre de la izquierda cuando fue ministro del presidente José Mujica y hombre de la derecha ahora que es secretario de la OEA en Washington), con palabras que recuerdan al presidente Donald Trump, acusa hasta al *New York Times* de dedicarse a esparcir *fake news*. El 7 de junio de 2020, el *New York Times* acusará a la OEA de avivar el fuego del golpe en Bolivia con un informe basado en un análisis erróneo de los datos.

Entre otras razones, mencionará estudios como los de los profesores Nicolás Idrobo y Dorothy Kronick (University of Pennsylvania) y Francisco Rodríguez (Tulane University), según los cuales “el análisis estadístico de la OEA era defectuoso”.

Con un patrón que resuena desde otros golpes de Estado, la presidenta nombrada por los golpistas, la ex animadora de televisión Jeanine Áñez, es la segunda vicepresidenta del Senado y tercera en la lista de sucesión. Por ley, Áñez necesita los votos del partido del depuesto presidente Morales, el Movimiento al Socialismo, para ser confirmada como presidenta. Como protesta, el MAS no entra en el recinto de votación y su ausencia es interpretada como votos favorables al golpe contra su propio líder, por lo cual Áñez es confirmada como nueva presidenta.

El 13 de noviembre, a pocos metros del Palacio Legislativo que la consagra con apenas un tercio de los votos, Áñez entra al Palacio Quemado, la casa de gobierno. Diez años antes, en 2009, el gobierno de Bolivia había sido declarado laico. Ahora, la nueva presidenta levanta una biblia que aparenta ser una edición del siglo XIX y grita: “la Biblia vuelve a Palacio”. Por lo menos la Biblia traducida al castellano e impresa en papel. No sabemos si Dios también. Lo que sí sabemos es que, al igual que en Brasil con el capitán Jair Messias Bolsonaro, al igual que los neoconservadores en Estados Unidos y sus inocentes misioneros enviados décadas atrás a la Frontera sur, los mercaderes expulsados por Jesús del templo han logrado involucrar al hijo rebelde del carpintero con los sagrados capitales internacionales, la ilegalización del aborto con el recorte de impuestos a los más ricos y las papas fritas con la Coca Cola. Un perfecto combo político para un consumo rápido. *Fast politics* para los nuevos consumidores de *fast food*.

En nombre de la libertad y la democracia, Áñez, alérgica a los indios de su país y de su familia y funcional a los intereses del capital internacional, se dedicará a perseguir a los seguidores de Morales, en su mayoría indios o cristianos impuros. Sólo en los primeros días de protestas por el golpe, 31 bolivianos perderán la vida, sin que la gran prensa mundial se conmueva por tan irrelevante pérdida. Son indios, son bolivianos. Diferente, el 11 de enero de 2015, como expresión de solidaridad por las 12 víctimas del atentado en París contra la revista satírica *Charlie Hebdo*, decenas de

líderes mundiales viajaron a París para marchar por las calles abrazados. Ese mismo año, ese mismo mes, 86 personas habían muerto por un atentado en Nigeria, ordenado por Boko Haram sin que el mundo se conmoviera, a pesar de tratarse de una matanza del mismo enemigo. Siete años antes, el 22 de agosto de 2008, Washington había bombardeado Azizabad. Los encargados de la masacre, entre ellos Oliver North (condenado por mentirle al Congreso en el escándalo Irán-Contras y perdonado por el presidente del momento) informaron que todo había salido a la perfección, que se había matado a un líder talibán, que la aldea los había recibido con aplausos y que los daños colaterales habían sido mínimos. No se informó (como lo reconocerá el *USA Today* diez años después, cuando ya nada importe) que en ese ataque habían muerto decenas de personas, entre ellos 60 niños. Un detalle. Tampoco aquí, en Bolivia, hay marchas ni lágrimas internacionales por gente que no existe en países que no importan, más allá de las multinacionales que los explotan desde hace siglos para el bienestar de los civilizados en el Norte.

Un año después continuarán los intentos para decretar la ilegalidad del partido del presidente Morales, el MAS. Por las dudas, se lo intentará juzgar por algún crimen político. El 6 de julio de 2020, demostrando cierto cansancio de imaginación, será imputado por “terrorismo, sedición y financiamiento del terrorismo”. Ni McDonald’s ofrece un menú tan simple para satisfacer a un cliente tan rigurosamente simplificado. Pero esta vez la propaganda no funcionará. Los siempre despreciados indígenas bolivianos, luego de un año de resistencia, lograrán votar el 18 de octubre de 2020. Para que no quede margen de discusión del cual se puedan aferrar el gobierno de facto de Áñez y el secretario de la OEA, el ex ministro de economía de Evo Morales arrasará en las elecciones sin necesidad de segunda vuelta, con una ventaja, no de diez, sino de veinte puntos sobre su rival Carlos Mesa. Luis Arce no esconderá su lucha desobediente e independentista de un país soberano y se espera que no siga el camino de los vicepresidentes convertidos en presidentes, como Michel Temer en Brasil o de Lenin Morales en Ecuador.

Ante la avalancha de votos rebeldes, el empresario, miembro del grupo paramilitar de la Unión Juvenil Cruceñista y candidato a la presidencia por *Creemos*, Luis Fernando Camacho Vaca, se secará las lágrimas con un pañuelo blanco. Le-



jos estará su intento de dividir el país entre blancos e indios y demasiado cerca la avalancha de votos pestilentes. Su amigo Branko Marinković (miembro de la secta fascista y ultracatólica Milicia Ustacha y ministro de economía del gobierno de facto) mantendrá silencio. Los generales, las señoras de abanico, los escritores mercenarios, los fariseos de turno, los rezadores profesionales, los halcones de Washington, los semidioses de la CIA, las todopoderosas transnacionales que saben más de política que de libre comercio, también.

Ante la avalancha de votos bolivianos, también el secretario de Washington y de la OEA, Luis Almagro, mantendrá silencio. El viejo silencio de los funcionarios conspiradores que saben que sólo han perdido un peón, pero no la reina. Dos semanas después, luego de las elecciones presidenciales del 3 de noviembre en Estados Unidos, el presidente de Donald Trump y sus seguidores alegrarán fraude masivo. La OEA, a pesar de ser un organismo panamericano que tiene como miembro protegido a ese país del norte, y su secretario, guardarán estricto, respetuoso, saludable, significativo silencio.

Entonces, ¿por qué fracasa la política?

Fracasa por todas estas razones, por todos estos hechos a lo largo de la larga historia. Fracasa porque se prostituye ante el poder de turno, convirtiéndose en un instrumento, en una mera narrativa, pero en una narrativa feroz, implacable, que enmascara y oculta la realidad

que crea ese mismo poder.

Para el poder (social, mediático, financiero), no fracasa. Por el contrario, es todo un éxito. La política, la democracia, los valores morales, y todos ideológicos que ha logrado conquistar, colonizar y prostituir son sus trofeos de guerra.

Pero no todo está perdido para aquellos que han decidido estar del lado opuesto del Poder: la Justicia. No todo está perdido para aquellos que entienden que para que la democracia y la libertad tengan algún sentido, el poder debe estar distribuido en cualquier sociedad. Sin esta distribución del poder, no existe la “igual-libertad”, es decir, pura y simplemente, la libertad. La libertad para todos, no simplemente para los amos esclavistas. También quedan aquellos que van al rescate de la historia enterrada y de las palabras prostituidas. También quedan aquellos esclavos asalariados, aquellos que se levantan cada día de madrugada para lavar baños ajenos, para mantener a flote una microempresa que navega entre deudas o para darle clases a jóvenes que no quieren aprender nada que no les deje dinero. También ellos pueden hacer política, aunque terminen crucificados por el imperio de turno, como aquel rebelde que no se arrojaba ante los poderosos, dos mil años atrás –también secuestrado por el mismo poder (económico, mediático, religioso, militar) y por nuevos imperios de turno.

* *Jacksonville University.*

La educación temprana es el camino

Lupita Rodríguez Martínez

Monterrey.- Pese a los desafíos que enfrentamos como sociedad global, me congratula haber celebrado con éxito el 21° Encuentro Internacional de Educación Inicial y Preescolar. Por segundo año se realizó de forma virtual gracias a la tecnología, mas debo confesar que preferiría estrechar manos y compartir saludos.

Durante los 21 años que los Centros de Desarrollo Infantil (los CENDI) del Frente Popular 'Tierra y Libertad' han organizado este evento de talla mundial; importantes personajes de la comunidad científica y académica han promovido leyes, políticas, acciones, prácticas docentes y estrategias que involucren a los sectores público y privado en la educación temprana.

Este año contamos con especialistas de 31 países, con asistentes de las 32 entidades y la oportunidad de que se unieran personas de cualquier parte del mundo para enriquecer saberes, llenarse de inspiración y tener interacciones de calidad para más y mejores oportunidades de aprendizaje de niñas y niños.

La educación temprana es un pilar fundamental para construir una sociedad pacífica, democrática, justa y sustentable; y hoy más que nunca –por los retos que enfrentamos como humanidad y que ponen en peligro el bienestar de las próximas generaciones–, se hace inminente el llamado a los tomadores de decisiones para emprender políticas eficaces en favor de la primera infancia.

En el contexto de la cuarta revolución tecnológica, los cambios en curso pudieran ser la gran oportunidad para disminuir las brechas entre ricos y pobres y dar cuenta de la huella social que ha dejado el modelo neoliberal y así avanzar en los objetivos de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible de manera activa.

El modelo neoliberal ha concentrado, como nunca, el poder económico en unos pocos y los gobiernos han sido incapaces de resolver las problemáticas globales que enfrentamos, tales como la degradación ambiental, la pobreza, la discriminación, la desigualdad, la violencia, la corrupción, la antidemocracia, la injusticia, la marginación, la exclusión y la migración, entre otras.

El fracaso del modelo neoliberal se evidencia más con la pandemia del Co-



vid-19, al poner al desnudo la crítica situación de los sistemas de salud y las enormes desigualdades e inequidades que vivimos como sociedad global.

La crisis sanitaria ha provocado un daño incalculable en términos de oportunidades de aprendizaje y desarrollo integral de estudiantes de todos los niveles educativos, perjudicando aún más a los más pobres y de menor edad. Estamos ante la posibilidad de una catástrofe generacional con costos y pérdidas inimaginables, que podrían exacerbar las desigualdades ya arraigadas. Si no tomamos una pronta acción con intervenciones tempranas asertivas, los efectos de esta crisis podrían prolongarse por toda la vida de las y los pequeños.

Sin embargo, como dijo Albert Einstein, la crisis es necesaria para que la humanidad avance. Y este es el gran reto de la educación, especialmente de la educación temprana, pues el desarrollo y maduración de niñas y niños no se puede ni se debe detener. Es urgente regresar a las aulas, ya que es claro que la educación a distancia, a pesar de los grandes esfuerzos que se han hecho, no ha podido sustituir las grandes ventajas que ofrece la modalidad presencial.

El óptimo desarrollo de la niñez nos concierne a todos y en la difícil situación actual es prioritario seguir trabajando en conjunto familias, docentes, directivos y especialistas para entretener estrategias y acciones coordinadas que garanticen un entorno propicio para que nuestras niñas y niños ejerzan su derecho a la edu-

cación, a desarrollar sus dones y talentos humanos hasta el máximo de sus potencialidades y, sobre todo, a vivir una vida digna y ser felices.

La educación potencia la posibilidad para que la naturaleza, la herencia o el entorno se adapte a los retos y oportunidades de la sociedad contemporánea, donde los cambios suceden a velocidad vertiginosa y deben permitir a infantes y adolescentes participar en la toma de decisiones que les afecten. Ciertamente no vamos a garantizar la sostenibilidad del planeta, si no es con una educación que les inculque un profundo amor y respeto por la naturaleza, una inteligencia social, el compromiso por el bien común, el pensamiento crítico, la capacidad de discernimiento y el entendimiento del mundo para mejorarlo día a día.

La pandemia nos ha recordado lo trascendente de nuestra misión como docentes y el papel vital que tienen las escuelas en nuestra sociedad. Tal vez no estábamos preparados para soportar su impacto, pero dada la capacidad de adaptación y resiliencia que tenemos como humanos, confío en que seremos capaces de sumar esfuerzos para que la educación responda a las necesidades de la época y sea accesible para todos.

“Otro mundo es posible” y la educación, el cuidado y la atención consciente, amorosa y de calidad de las nuevas generaciones es el camino, donde cada una de nosotras tiene el poder, la responsabilidad y el compromiso de hacer la diferencia en favor de esta causa.

Un fantasma recorre el mundo

Leticia Calderón

Ciudad de México.- López Obrador ya nos tomó la medida. Menciona un tema para mover el avispero, generaliza, no hace matices e insiste machaconamente cada vez que puede. Como respuesta, crujen los huesos hasta de los que estaban más acomodados a su sillón. Resulta que si el presidente dice que la UNAM está generando un ambiente individualista y neoliberal, los que promueven el pensamiento individualista y neoliberal en la máxima casa de estudios se ofenden y hasta los que la ninguneaban salen a poner el pecho para defenderla.

¿Cuál fue la ofensa? ¿De qué van a defender a la UNAM? Lo que sorprende es que, incluso algunas mentes lúcidas no alcancen a ver más allá de la anécdota mañanera, que sin duda tiene objetivos políticos; pero más allá de eso, lo interesante es que al abrir este tema nos inserta en un debate de alcance global. La realidad es que cualquier tema de la agenda público-política, el que sea, el que me digan, debe verse y pensarse como parte de la disputa ideológica que rebasa nuestro ámbito nacional. Por eso, cuestionar el neoliberalismo no es ofensa, o no debería serlo, porque en realidad, es tomar una postura desde el otro lado de la narrativa del tipo de sociedad planetaria que hemos construido.

Pero para no confundirlos, hagamos un poco de historia, para ubicar el debate en que este tema está inserto. Poco después de la caída del muro de Berlín (9 de noviembre de 1989), Francis Fukuyama, prestigiado profesor estadounidense, publicó la tesis que sostenía que estábamos frente a “El fin de la historia”, ya que la pugna ideológica que había dado lugar a la división del mundo entre bloque soviético y el capitalismo estadounidense concluía con ese episodio que implicaba el triunfo del modelo neoliberal que ya estaba implantándose desde los años 70 en distintas partes del planeta.



Lo que el doctor Fukuyama sostenía es que el modelo económico basado en el libre mercado y en el achicamiento del estado le había ganado la partida al modelo que busca fortalecer al estado, para que funja como árbitro responsable de las desigualdades propias de toda sociedad. Tomen en cuenta que con el triunfo del modelo del libre mercado se impusieron como los valores deseables la predominancia del individuo por encima del colectivo, del egoísmo como elemento de elección racional y el consumo como forma de vida. A partir de ese momento, gran parte de las economías del mundo, incluido México, se volcaron hacia el modelo ganador, que tiene como fundamento en lo político a la democracia electoral, basada en el voto individual de cada ciudadano convocado a votar y esperar la siguiente elección para volver a hacerlo.

Resulta, sin embargo, que el modelo neoliberal entró en crisis planetaria, porque los valores sobre los que se ha estructurado han provocado la mayor desigualdad de la historia de la humanidad, al generar extremos donde los más ricos del mundo podrían prácticamente comprar la mitad del planeta (Elon Musk, Jeff Bezos, Bill Gates, Mark Zuckerberg), mientras que la otra mitad, podría morir de hambre en medio de una pandemia de obesidad por exceso de comida (globesidad).

El Covid solo vino a evidenciar aún más este escenario; y por eso no es gra-

tuito que haya reacciones en muchos niveles, desde el Papa Francisco, con su encíclica social, “Fratelli Tutti”, donde hace un llamado a revertir la desigualdad y las injusticias sociales, o el debate recurrente sobre imponer impuestos a las fortunas de los más ricos “tax the rich”, justamente en los países más ricos donde la desigualdad es también parte del panorama.

A este debate también se suman los intentos desesperados para que se reconozca y reaccione al impacto del cambio climático, como resultado que el mismo modelo exacerbó, pero que solo puede enfrentarse cambiando el modelo de vida, que en algún momento se bautizó como MacDonalización (Ritzer, 1996). La experiencia colectiva más reciente y al mismo tiempo desconcertante frente al modelo neoliberal, es la reacción de lo que se ha llamado en Estados Unidos “The great resignation” (la gran renuncia), donde los últimos meses millones de estadounidenses están dejando sus trabajos, para repensar el sentido de sus vidas y nuevas formas laborales basadas en relaciones menos abusivas y de menor explotación.

Solo menciono estos ejemplos, porque no puedo extenderme, pero el punto es insistir en que, cuando se señale al neoliberalismo como crítica, esto no se debería tomar como insulto personal, mucho menos para quienes han defendido ese modelo con ahínco durante décadas; porque la verdad es que el tema es de mayor profundidad que convocar a gritar goyas. Además, creer que señalar al neoliberalismo es una forma de ataque a una institución, nos impide ver el panorama de manera más amplia; porque, querámoslo o no, todos y cada uno tenemos como referentes los valores que este modelo económico y social ha reproducido durante décadas en absolutamente todos los ámbitos de nuestras vidas.

Por mi raza hablará el espíritu

Armando Hugo Ortiz Guerrero



Monterrey.- El comentario de López Obrador sobre la derchización de la UNAM no fue algo premeditado, parece que surgió al calor de la charla. Cuando utiliza La Mañanera para un mensaje trascendental no improvisa; de inicio, un subalterno hace el preámbulo, se proyectan diapositivas de apoyo. Enseguida el presidente, cuidando su lenguaje, responde a cada pregunta de los reporteros.

Esto sucede en la parte inicial de la conferencia; después sigue una especie de tribuna abierta, donde contesta a temas variopintos, planteados por los periodistas; la charla deriva a otros tópicos y aprovecha la ocasión para lanzar pullas contra algunos personajes. A veces toma como costal de entrenamiento a Diego Fernández de Ceballos; le parece divertido verlo enfurecido al "Jefe", con los ojos iracundos y echando espuma por la boca, como demonio de Tasmania golpeando las rejas. Ahí queda todo, por lo general.

Así hubiera finalizado lo de la

UNAM, pero los enemigos de siempre consideraron que se podía sacar raja política de sus expresiones; y se armó la polémica. Las primeras respuestas fueron de los ex rectores, los presuntos responsables de la pérdida de la mística universitaria. Claro, en defensa propia.

Pero la vaca sagrada de la UNAM recibió apoyos inesperados, desde políticos ajenos a ella, hasta el respaldo de Rosario Robles, desde su encierro. López Obrador fue más allá de la simple opinión, y expresó su deseo de que hubiera una sacudida en la llamada Máxima Casa de Estudios.

Hasta el momento, la respuesta de la Institución ha sido un comentario del rector en algún discurso. No se han escuchado las voces de profesores, alumnos y personal administrativo. Será interesante escuchar a los auténticos integrantes de la comunidad universitaria.

Ojalá sea rugido de puma, no quejumbre de elefante reumático.

* a_hugo16@hotmail.com

¿Qué pasa en las universidades?

Samuel Schmidt

Austin.- Perdí un concurso de oposición en la UNAM contra Adolfo Gilly, porque él era líder latinoamericano, no obstante que él no cumplía con los requisitos, el puesto requería doctorado y él carecía de licenciatura, además que la guerrilla guatemalteca le tenía prohibido entrar al país.

Siendo funcionario de la UNAM llamé a otro funcionario porque un tío mío no podía venderle a la universidad porque su competencia se mochaba.

Siendo funcionario de la UdG en Los Ángeles, fui invitado a una fiesta en Hollywood para la premier de una película de Diego Luna, cuando pregunté quién pagaba la fiesta, me dijeron que de mi presupuesto. ¿Qué hace una universidad pagando fiestas? Sobra decir que ni Luna agradeció, ni había la menor traza pública de la generosidad de la universidad.

Siendo profesor en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, me mandó llamar el cacique, para que ayudara a su hermano a ganar la elección en Tulancingo; me hicieron ver que la aceptación o negación tendría consecuencias. Renuncié a la universidad el día que una alumna reprobada, con el apoyo del director del instituto, me acusó de acoso sexual; todas las instancias políticas me sugirieron que no procediera legalmente contra la alumna y el funcionario.

En una comida en Chihuahua con altos funcionarios del gobierno, me presentaron al futuro rector de la Universidad Autónoma de Chihuahua, y sí fue.

Siendo funcionario de la UNAM, ayudé a organizar una cumbre de rectores para frenar la intención del secretario de Educación, para fiscalizar las finanzas, aduciendo la autonomía universitaria; perdieron el secretario (cuya iniciativa no prosperó) y el rector (que no se pudo reelegir por acción del secretario).

La sucesión rectoral en la UNAM la controla la junta de gobierno, que es un instrumento de equilibrio entre fuerzas políticas; pero en los 25 años de control del grupo médico, la junta se someterá a la visión de ese grupo, o a su cabeza visible, que hoy es embajador ante la ONU.

La UNAM decidió crecer en el mundo; sostiene oficinas en varios países (como China) y en varias ciudades de Estados Unidos; y los directores no son necesariamente luminarias científicas. Se cobija a un



ex procurador en Seattle (desde 2009), al hijo del mentor de los médicos en Chicago (desde 2009), al yerno de un ex presidente de la Suprema Corte de Justicia, que tuvo que salir del país ante un desfalco hacendario. Al dentista del ex rector Soberón le dieron San Antonio, donde lleva por lo menos 12 años. Esos plazos son contrarios al estatuto universitario. La práctica de eternización se extiende hasta el sindicato administrativo (STUNAM), cuyo secretario general lleva más de 30 años en el puesto. Al parecer esas sedes sirven para adornar informes, pero no pasarían una mínima evaluación de la relación costo/beneficio en términos académicos para la UNAM, evaluación que nunca se ha realizado. Las evaluaciones sirven para mostrar lo bien hecho y destacar las distorsiones para corregir.

Las pandillas también hacen lo suyo. Guillermo Sheridan, miembro del grupo Letras Libres, encabezado por Krauze, y que ha intentado erigirse en la conciencia moral del país, ha impartido 2 clases en 20 años; y ha logrado que la UNAM le mantenga el salario, mientras dirige la Fundación Octavio Paz, o la Casa de México en París; el escritor mantiene su salario entre comisiones con goce de sueldo y años sabáticos (que logra gracias a las comisiones) y ni siquiera realiza las actividades que reporta. ¿Cuántos casos de éstos hay?

Un libro mío fue plagiado por un estudiante para lograr su doctorado con mención honorífica; los rectores Narro y Graue se negaron a retirarle el grado, tal vez porque la directora de tesis fue directora de la Facultad de Filosofía y Letras. Otros plagiados se topan con un muro de

impunidad y desprecio, mientras otros son premiados, como es el representante de la oficina en China, quien se presentó a un concurso de oposición con libros que no eran de él, queriendo engañar a la Comisión Dictaminadora.

Alguien definió a la UNAM como una institución que tiene desde secundaria hasta posdoctorado, donde científicos desarrollan investigación de frontera mundial y grupos de estudiantes aprendiendo a armar bombas. En su definición se decantó la noción de que fuera simultáneamente una universidad de masas y un centro de investigación mundial, lo que sin duda cuesta mucho y se logra por medio de conflictos permanentes y equilibrios políticos muy complejos. Así encontramos huelgas de un año o instalaciones tomadas por períodos prolongados. Un auditorio lleva tomado más de 20 años, pero los rectores no parecen tener necesidad de cerrar un espacio de venta de drogas e inseguridad, y que es testimonio del abandono de la institución (Facultad de Filosofía y Letras).

Criticar a las universidades no es un ataque ni al orgullo nacional ni a la autonomía, mucho menos consiste en negar a los científicos y académicos que realizan actividades de alta calidad; pero no deben resguardarse en la buena reputación de los que trabajan los facinerosos, las mafias, y los grupúsculos que se apoderan de la administración, determinando políticas de docencia e investigación y que muchas veces realizan manejos oscuros con el dinero.

Hablando de libros, con la editora Laura Fernández

Eligio Coronado

¿Por qué te convertiste en editora?

Por casualidad, nunca tuve el sueño de ser editora, pero sí quería hacer libros y quería hacer arte. Cuando empecé con La Regia Cartonera, en el 2009, tenía más ganas que conocimientos, estaba cautivada con la idea de mezclar la literatura y las artes plásticas en un objeto único, una tendencia que en varios países ya se estaba convirtiendo en referencia de ir a contracorriente de lo establecido. Me convertí en editora sin saber lo que implicaba, yo ya era escritora y tenía nociones de diseño editorial por mi trabajo en agencias de diseño gráfico, pero para llegar a hacer una editora faltaba camino por recorrer.

¿Qué se requiere para ser editora?

Muchos conocimientos; primero que todo ser un lectora, una implacable lectora que revise minuciosamente cada detalle y no se quede solo con el placer de disfrutar una buena novela o unos buenos poemas; hay que escudriñar el libro completo, deconstruir el objeto para poder apreciar todas sus partes: su caja de texto, la legibilidad, la tipografía, el estilo de libro, su portada; tener conocimiento de las partes de un libro y el proceso para realizar cada parte del rompecabezas y después armarlo. A eso podemos

añadir saber de redacción, ortografía; para hacer la corrección de estilo, tener muchas referencias, consultar libros. He leído varias veces un libro llamado «*El libro y sus orillas*», de Roberto Zavala Ruiz, entre otros; he aprendido técnicas de encuadernación al lado de otros editores y escritores. Así que se requiere paciencia y formación, ya sea formal en una escuela, o informal siendo autodidacta; tienes que educarte, debes aprender.

¿Para qué le sirven los editores a la sociedad?

Buena pregunta, no lo sé. La gente lee en internet memes y cosas que yo no entiendo; construye su propio lenguaje, lee lo que quiere, fanfics, relatos, chistes. Ellos de alguna forma también son editores con la jerga local y en otros formatos que están utilizando. ¿Para qué sirve un editor a la sociedad? Creo que como fundadora y dueña de una editorial, nos atrevemos a creer en las nuevas propuestas, en nuevos autores, de esta manera abrimos camino al surgimiento de escritores. En el caso de La Regia Cartonera, su función siempre ha sido causar asombro con cada libro y cómo lo hacemos. Los editores sirven para que los libros lleguen a las manos de los lectores, porque nos atrevemos a apostar por la publicación.

¿Qué recomendarías a las personas que desean ser editoras?

Que se preparen, que se adiestren en este arte, como lo mencioné anteriormente: la formación y educación es importante siempre, observar cada libro, ya no leerlo como un simple lector consumidor de libros, sino como un analítico de todo lo que hay detrás; comparar ediciones, nutrirse de todo lo posible, dominar los programas de diseño gráfico que hoy en día te permiten realizar la maquetación de libros y conocer todas las etapas del proceso de producción. La edición es una especialidad que abarca muchos rubros, como la edición de libros digitales, diarios, revistas, libros impresos, páginas web, etcétera.

¿Libros editados a la fecha?

La verdad ya lo olvidé, tendría que revisar, pero alrededor de 30 o 40.

¿Cómo ven los editores la literatura?

Pues la disfrutamos, creo que aún más, ya que cuando leo un libro que me atrapa, no solo estoy buscando entretenimiento, encuentro un placer estético observando cada detalle (portada, tipografía, cajas de texto, viñetas, ilustraciones si las hay, la numeración de páginas, etcétera). Eso a veces es bueno y en otras no, pues me la paso criticando lo mal hecho que está un libro. Me ha pasado encontrarme con ediciones, sobre todo de algún autor que está desesperado por publicar, que cae en las manos de gente que no tiene conocimiento más que para sacarles dinero, me dan tristeza. ¿Cuántos libros no deberían ser publicados o debieron trabajarse más? Y algunas cosas ya publicadas, ¿cómo llegaron ahí? Pues bueno, todos tenemos derecho hasta de subir nuestros textos en la red y que los descarguen en pdf.

¿Vives de la labor editorial?

No, pero mi trabajo como editora me ha servido demasiado en los trabajos que he tenido donde ha sido fundamental la buena redacción y ortografía. La estructuración de ideas para la creación de textos de investigación, educativos y hasta para mercadotecnia.

¿Cuáles son los requisitos para publicar en La Regia Cartonera?

Enviar el texto de 30 a 60 cuartillas al correo de La Regia Cartonera (regiacartonera@gmail.com); el texto será evaluado por las tres socias de la editorial. Se le recomienda al autor enviar el texto lo más pulido que pueda, pues tampoco queremos reconstruir textos. Si alguien piensa



mandar un libro a cualquier editorial, debe revisarlo varias veces, o que se lo revise un profesional, para que haya menos posibilidades de rechazo. Quisiera recordarles que cada editorial tiene su propia línea de trabajo. En el caso de La Regia Cartonera, publicamos narrativa, poesía y literatura infantil.

¿Por qué lleva ese nombre tu editorial?

Porque soy regiomontana (bromeo). Bueno, al principio todas las editoriales cartoneras tenían un nombre que fuera algo distintivo del lugar donde surgió; en el caso de mi editorial, no solo buscaba utilizar el gentilicio de “regiomontano”, sino que “regio” es una palabra que en muchas partes significa algo excelso, relativo a un rey o reina. Así que La Regia Cartonera es conocida internacionalmente por ser “Regia”, por ser de calidad, y quise jugar con la palabra para hacer el logo y que, además, localmente la adoptaran con cariño.

¿Estás a favor de las coediciones?

Sí, la colaboración da lugar a que surjan propuestas interesantes. La negociación no siempre es fácil. Por ejemplo, Regia Cartonera no puede coeditar con Cornarte, ni participar en sus convocatorias con tantísimos requisitos, ya que no está registrada como empresa; pero he coeditado con editoriales de otros países y esa es la fuerza y unión que distingue a las editoriales cartoneras, que trabaja-

mos desde la informalidad, o desde una izquierda, que en términos legales se ha llamado *Copy Left* (en lugar de un *Copy Right*). Al trabajar con otras editoriales cartoneras del mundo, hemos podido intercambiar libros, hemos trabajado con autores importantes de otros países, y trabajado en traducciones como en el caso del libro «*Tudo lo que você non sabe é muito mais de lo que você sabe*», de Douglas Diegues; este libro lo trabajamos 6 editoriales cartoneras y fue lanzado simultáneamente. Vento Norte Cartonero de Brasil dirigió el proyecto, y el autor utilizó un lenguaje llamado *Portuñol salvaje*. Además de eso, gracias a Vento Norte se han realizado exposiciones en Europa de las mejores y más bonitas editoriales cartoneras, entre las que se encuentra por supuesto: La Regia Cartonera.

Como editora, ¿quiénes escriben mejor: los hombres o las mujeres?

Creo que esta pregunta debería dejar de figurar en las entrevistas, es como cuando a las fiestas de los niños va un payaso que pregunta: “¿Quién grita más fuerte, las niñas o los niños? Estas preguntas fomentan que haya segregación y yo no quiero aportar en lo más mínimo a ello.

¿Cómo generarían lectores los editores?

Pues no tendrían que hacerlo, pero La Regia Cartonera lo ha hecho a través de la organización de eventos, de talleres, de lecturas de poesía, lanzamiento de libros, visitando escuelas y universidades, dando conferencias, entrevistas, etcétera. En mi caso, también participé con la formación de la Red de Editoriales Independientes del Noreste (Redin), desde ahí se generó la Feria del Libro Independiente de Monterrey, para que propuestas de edición alternativas pudieran acercar sus libros al público. Además, si tienes un buen catálogo, seguro la gente te volverá a buscar.

¿Proyectos futuros como editora?

Este año nos enfocamos mucho en lograr ventas, pese a no haber eventos culturales, como presentaciones de libros o ferias. La integridad del equipo y la salud de las personas es primero; nos duele que este año perdimos autores como Betty Galaviz, a causa del Covid; en el futuro nos gustaría hacer un homenaje a su obra, y de otros autores que ya no están con nosotros, como Saúl Ibargoyen. Planeamos hacer más amplios los servicios que ofrece La Regia Cartonera y especializarnos más en una categoría llamada “Libro de artista”.

El monstruo ejecutivo

Luis Valdez



Monterrey.- Scrooge no fue el primer monstruo centavero, ni Patrick Bateman el único ejemplo en el mundo capitalista. Las oficinas de Nueva York, Monterrey, París y Dubái están repletas de tiburones, anguilas y carnada.

Mary Harron, la directora de la versión fílmica de la novela *American Psycho*, cuatro años antes de atreverse a jugar con este personaje de un ejecutivo enfermo, tuvo la valentía de hacer otra película igual de transgresora: la historia de la activista Valerie Solanas, quien disparó al artista Andy Warhol en su Factory. De una criatura que desconoce la bondad en el mundo, activista por los derechos civiles y la igualdad de género, teórica feminista con el corazón roto, Solanas fue buen perfil para brincar a ese otro amor. El *yuppie* que maneja inversiones en Wall Street y en unos pocos meses ya tiene su millón de dólares, viaja en limusinas, y consume las drogas más costosas de su tiempo. La crisis crea monstruos, y así como lo maravillosos años del arte pop crearon sus propias leyendas urbanas (la feminista radical), los años 80 y 90 soltaron a una bola de jóvenes vampiro, no en motocicletas buscando una cueva en la cual meterse, sino habitando departamentos de lujo y vistiendo trajes finos. Los vampiros de finales del siglo XX. Tataranietos de ese Scrooge que odia a muerte a los indigentes, que trata a sus empleados como herramientas del capitalismo, que es sus dios.

Bret Easton Ellis es el autor de estos nuevos monstruos, que ya perdieron

amigos en la adolescencia, víctimas del divorcio de sus padres, del consumo de drogas o de la prostitución. Así es su primera novela, *Menos que cero* (también llevada a cine, en una época en que era común que el cine independiente norteamericano tratara el tema de la prostitución adolescente). ¿Será que estos chicos crecieron decepcionados tempranamente de la moral y optaron por renunciar a ella?

Todavía hay unos momentos de dignidad y cuestionamiento al monstruo gigante capitalista, cuando en Wall Street, el poder y la avaricia, un Charlie Sheen intenta cuestionar a su maestro (todo un tiburón ejecutivo) Michael Douglas. La experiencia no resulta tan bonachona como en *El lobo de Wall Street*, cuando un ingeniero Jordan Belfort (interpretado por Leonardo Di Caprio) se topa con un jefe *cool* que lo lleva a comer y le cuenta tips de negocios mientras esnifa cocaína.

Pero cuando hay poder, ya no importa la dignidad ni el respeto social. Nosotros vemos con resentimiento a los poderosos y pensamos: “¿cómo puede dormir por las noches?”

¿Cómo pueden dormir por las noches los que dirigen empresas como en la película *La Corporación*, donde destruyen no solo carreras, sino vidas? ¿Y los que cierran plantas ensambladoras de autos y se las llevan a un lugar más barato? ¿Cómo pueden vivir los que se hacen millonarios vendiendo cigarros, refrescos carbonatados, leche y otros alimentos procesados que producen cáncer?

Fácil: es un mundo donde el dinero ha llegado a tener más poder que la mo-

ral.

Sin embargo, abundan las películas ingenuas donde un niño quiere acercarse al brujo para ser su aprendiz de hechicero. Hace unos días estrenaron una película de un mesero que salva a un empresario de morir ahogado. El tipo le entrega su tarjeta y el empleado decide hacerse pasar por un “Sada de los de Monterrey”. Sus amigos no paran de decirle que sus sueños de tiburón son una obsesión y que no debería negar su naturaleza. Pero cuando el pequeño pez piensa que puede crecer tanto como un pez gigante, no le queda de otra que acercarse demasiado a sus fauces. No es una película dramática, como *Poder y avaricia*, ni de horror social, como *Psicópata Americano*, y por lo tanto *El mesero* no pasa de ser una película totoper. Y si deja algo en claro (entre lo ridículo), es que ciudades como Monterrey tienen un problema social, entre tantos jóvenes y no tan jóvenes que están dispuestos a pedir dinero prestado para meterse al curso de un *coach* de negocios, donde sólo van a ver cómo garabatea un pizarrón, mientras les grita: “escribe, güey, escribe”, para que no te detengas a pensar. Para que sigas alimentando a ese monstruo que en Monterrey tiene un gran culto (“porque nos hizo la industria y la empresa”) con la proclama de “ponte la camiseta, eres bien chamba, sigue la filosofía de la chingonería”.

Y Scrooge, uno de los grandes apóstoles del capitalismo, creado por un hombre sabio, como lo fue Charles Dickens, recibe a manos llenas a los sacrificados.



Desde Monterrey, México

facebook

15diario TV

Asume Santos Guzmán Rectoría de la UANL

Al tomar protesta como Rector para el período 2021-2024, el doctor Santos Guzmán López expuso sus programas estratégicos y ejes transversales de su plan de trabajo. El Gobierno estatal, el federal y la ANUIES dieron su total apoyo a la UANL.

Por: Luis Salazar **Fotografía:** José Luis Macías y Efraín Aldama

La excelencia como principio y la educación como instrumento es el lema que acompañará la gestión del doctor **Santos Guzmán López**, nuevo Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León para el período 2021-2024.

El Teatro Universitario de la Unidad Mederos fue el escenario donde se realizó la toma de protesta de Guzmán López este 27 de octubre. Ahí el nuevo Rector expuso los principales proyectos y **ejes de su plan de trabajo**.

“Es el nombramiento universitario más importante de mi vida. Me siento muy fortalecido por todos ustedes y seguro de enfrentar el reto. Hago un llamado a toda la comunidad universitaria para que de manera unida tengamos objetivos comunes”.

Santos Guzmán López

Rector de la UANL

Al evento acudieron el Gobernador de Nuevo León, Samuel García; el Secretario General de la ANUIES, Jaime Valls Esponda; la directora de educación superior universitaria de la SEP, Carmen Enedina Rodríguez Armenta, y otros políticos y directivos educativos.

En su discurso el doctor Santos Guzmán dijo que la gestión que termina ha sido muy provechosa pues se lograron avances con indicadores de calidad avalados por organismos acreditadores nacionales e internacionales.

Su plan de trabajo

El Rector expuso que cuando presentó desde su candidatura su plan de trabajo señaló que fue un trabajo coordinado e innovador con el objetivo de lograr beneficios tangibles para toda la comunidad universitaria.

“(Beneficios) en concordancia con los programas e iniciativas locales, nacionales e internacionales sobre la educación media superior y superior, así como las reformas estructurales de nuestro país y las megatendencias derivadas de la era digital”.

Los 7 programas estratégicos

- Educación pertinente y de calidad
- Investigación científica y desarrollo tecnológico
- Desarrollo sustentable y equitativo
- Desarrollo cultural y humano
- Salud y bienestar
- Responsabilidad financiera
- Gobernabilidad y gestión responsable

Los 5 ejes transversales

- Responsabilidad social
- Sistematización y recursos digitales
- Extensión y vinculación
- Internacionalización
- Reconversión de la infraestructura



Santos Guzmán comunicó que en las próximas semanas informarán las medidas que se implementarán para enriquecer las tecnologías del aprendizaje, con el objetivo de mejorar la educación presencial y aumentar la cobertura en línea.

Además dijo que otra acción importante que se trabajará será la gestión de fuentes de financiamiento y recursos presupuestales que ayuden a garantizar la suficiencia presupuestal de la UANL.

“Gestionaré ante las instituciones federales y estatales los fondos necesarios para cubrir nuestras actividades educativas y de investigación; estos recursos serán manejados con eficiencia, eficacia y sobre todo con transparencia y rendición de cuentas”.

Se compromete Gobierno a atención de niños con cáncer y educación dual

El Gobernador Samuel García se comprometió a gestionar un apoyo universal para todos las niñas y niños con cáncer que serían atendidos en el Hospital Universitario y a trabajar en un modelo de educación dual en las preparatorias de la UANL.

El Gobernador se dirigió al Rector nombrado y le dijo que cuenta con su apoyo y espera contar con el suyo. “El presupuesto será testigo de lo que estoy mencionando”.

“Permítanme proponerles, de la mano con el Congreso del Estado, una partida especial para que los niños y niñas (que padecen) cáncer tengan una cobertura universal en el Hospital Universitario si así lo tiene a bien la UANL”.

Samuel García Sepúlveda

Gobernador de Nuevo León

“También cuenten con el Gobierno para mapear y conocer las demandas sobre las licenciaturas que requiere el mercado de Nuevo León y a esas carreras otorguémosles estímulos, mayores becas”, dijo el Gobernador.